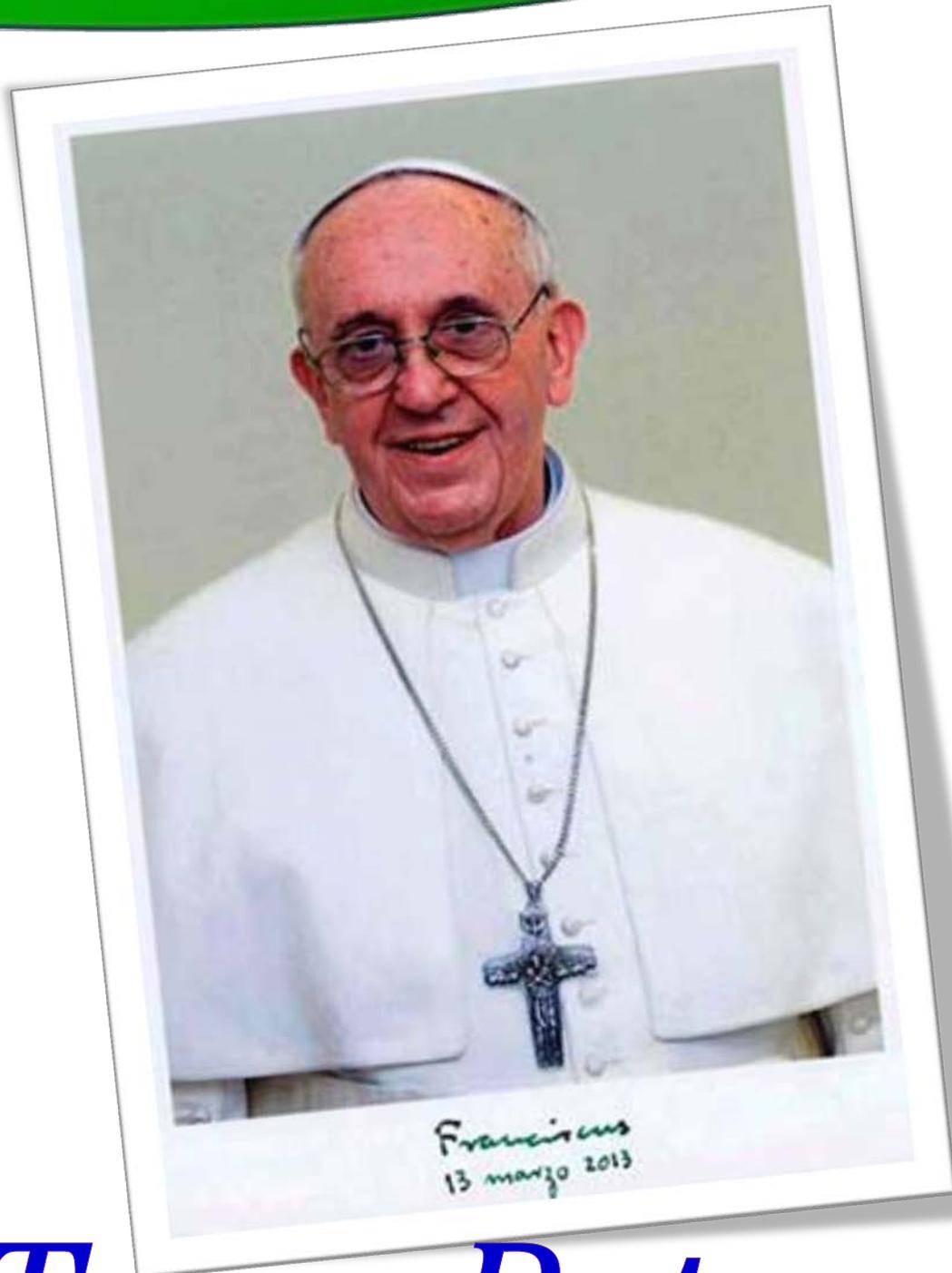


Forum.com

Papeles de formación continua



Tu es Petrus!

Índice

Editorial 3

Retiro 5

Formación 15

Comunicación 21

Vocaciones 23

La Solana 27

El Anaquel 31

Bicentenario Don Bosco 47

Año de la Fe 51

Revista fundada en 2000

Segunda época

Dirige: José Luis Guzón

C/ Pajarillos, 1

47012 – Valladolid

Tfno.: 983 290 377

jlguzon@salesianos-leon.com

Colabora: Segundo Cousido

Dep. Legal: LE 1436-2002

ISSN: 1695-3681



Primavera que no llega

En medio del espeso panorama que nos toca vivir tanto a nivel económico (crisis), como social (corrupción y depauperación de valores) y eclesial (el «invierno eclesial» del que se ha hablado en estos últimos años, no cabe duda que tiene sentido recordar aquella canción de «Jarabe de palo» que se titulaba «Primavera que no llega». No es que sea especialmente poética, pero hace unos años fue una canción que nuestros jóvenes tarareaban con gusto. Dice, entre otras cosas, «Y el alma partida, la pena encendida, en la acera me he senta'lo a esperar la primavera». Nos recuerda, quiere recordarnos, que debemos abiertos a la primavera, abiertos a la novedad, dispuestos a afrontar los retos que tenemos y que en ocasiones parecen ser más fuertes que nuestras espaldas.

Pues en medio de esas cosas, parece que la primavera climatológica ha llegado (temperaturas suaves, más lluvias) y, con ella, estamos a punto de celebrar la Semana Santa que culminará con la Pascua de Resurrección, la Pascua «florida», para distinguirla de la Pascua «granada» (Pentecostés).

Es un momento bonito para plantearnos muchas cosas de nuestro ser de seguidores de Jesús. ¿Cuál es lo más importante que llevamos en el corazón? ¿Somos realmente «signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes»? ¿Vivimos con corazón sencillo nuestra vocación de evangelizadores? En definitiva, ¿vivimos como testigos del Resucitado, o no?

Siempre es más fácil formular las preguntas que responderlas. Pero tenemos tiempo para hacerlo, sabiendo además que a nuestro Dios le gustan los tiempos largos, prolongados, el «fuego lento» no tanto el «microondas». Cincuenta días para descubrir y vivir nuestro ser de testigos del Señor Jesús, resucitado por la fuerza Dios.

Para gustar el significado y la vida que brotan de la Resurrección, hemos vivido un acontecimiento eclesial que nos ha llenado de alegría y de esperanza. El Espíritu nos ha brindado un nuevo Pastor al frente de la Iglesia universal, el papa Francisco, el cardenal arzobispo de

Buenos Aires, bautizado en la Iglesia parroquial de San Carlos del barrio de Almagro, un «jesuita franciscano» se ha dicho, un hombre de fe que ha ido moldeando su corazón de buen pastor al hilo de tantas encomiendas y trabajos como su Congregación y la Iglesia le han ido confiando. Rezamos por él, como reiteradamente nos ha pedido, y le deseamos larga vida al servicio de la Iglesia universal y de la humanidad. «Ad multos annos».

Frei Luis Guzmán

Retiro

Testigos de la resurrección, de la alegría y de la esperanza

José Luis Guzón Nestar, sdb

“Aunque que me dijeran que mañana es el fin del mundo,
yo esta noche plantaría un manzano”
(Martín Luther Kung)

Los textos de la resurrección nos presentan una gama de actitudes diversas ante el hecho de la resurrección. Algunos reaccionan con escepticismo ante la resurrección de Jesús. Otros estallan en alegría. Es una manera de presentarnos que ante este hecho se da una multiplicidad de posturas y actitudes. Sea cual sea la actitud de los discípulos y de las comunidades en la antigüedad, revelan que la comunidad primitiva necesitó tiempo para asimilar la resurrección. Nosotros también necesitamos tiempo para interiorizarlo.

Y, ¿cómo podemos hacerlo? Con la ayuda de las Escrituras. Para entender el sentido y significado de la resurrección de Jesús tenemos que partir de los textos del Nuevo Testamento pues no tenemos otra fuente de información sobre la resurrección de Jesús.

Los textos de la resurrección son distintos porque fueron concebidos desde situaciones distintas. Las diversas situaciones dan lugar a tradiciones diferentes. En la iglesia no existe una tradición única, sino tradiciones diversas.

Todos los textos vienen a coincidir en que la resurrección de Jesús fue un hecho que cambió y transformó la vida de la primera comunidad. La resurrección no es una idea para ser aceptada o pensada. Es un hecho para cambiar nuestra vida, que estalla en alegría y esperanza.

Los textos, a pesar de sus diferencias, guardan una estructura similar. En ellos destaca la relación entre resurrección y envío misionero, es decir, entre resurrección y vida de la comunidad. La resurrección de Jesús cambió la vida de la primera comunidad (se alegraron). Evangelio de la alegría. También se presenta la resurrección de Jesús como obra de la acción de Dios en la que Dios acoge y asume la ignominia y el sufrimiento de Jesús. Pero el sufrimiento de Jesús tiene un sentido, no es como el sufrimiento nuestro en ocasiones, que se vive sin horizontes. El sufrimiento del Hijo está abierto a la esperanza.

La resurrección es una acción del poder de Dios. El mensaje pascual nos dice que Dios ha hecho algo con Jesús. La resurrección se entiende como una llamada de Dios que traslada a Jesús de la muerte a la vida. Dios hace revivir la carne envejecida. Dios hace revivir la materialidad. La carne es lo más íntimo y real de nuestra vida. Dios hace revivir nuestra realidad más última y profunda. Por la encarnación de Jesús Dios se une a la realidad del mundo. En la muerte de Jesús Dios desciende hasta la última entraña del mundo. En la muerte de Jesús Dios queda unido al mundo. En su resurrección Dios comienza a transformar la realidad del mundo.

La resurrección no quiere decir que Dios se vaya del mundo, sino que Dios eleva nuestro mundo.

En la resurrección de Jesús Dios ha adelantado su juicio sobre la historia. Por eso la resurrección de Jesús no fue presentada solamente como un acontecimiento con repercusiones para Jesús, sino como un suceso en el que se juega la relación definitiva de Dios con la humanidad. Por la resurrección Jesús es entronizado a la vida junto al Padre y recibe el calificativo de Señor (Fp 2, 9-11). La resurrección no es entendida como un retorno a la vida terrestre, sino como su exaltación al poder de Dios. Por consiguiente, para la cristología más primitiva no había diferencia entre ascensión y resurrección.

En los relatos de la resurrección Jesús aparece en medio de sus discípulos saludando. Jesús es el saludo de Dios. Jesús se pone en medio de sus discípulos. Se pone en medio de la humanidad. Dios se pone en medio del mundo. Su presencia es alegría y esperanza para todos nosotros, que está fundamentada en el hecho de que el futuro no es un ideal sino una realidad, ya que el mundo está en proceso de transformación hacia su figura definitiva. La resurrección es el signo de que todo comienza a ser de otra manera.

Quizás sea este un buen momento para plantearnos la oportunidad de tomarnos más en serio lo que el Rector Mayor nos indicaba en el «Aguinaldo»:

A partir del conocimiento de la pedagogía de Don Bosco, y a la luz de las reflexiones expresadas antes, los grandes puntos de referencia y los compromisos del Aguinaldo de 2013 para la Familia Salesiana son los siguientes:

I. El ‘Evangelio de la alegría’

El ‘Evangelio de la alegría’, que caracteriza toda la historia de Don Bosco y es el alma de sus múltiples obras. «En Jesús de Nazaret Dios se ha revelado como el «Dios de la alegría» y el Evangelio es una «alegre noticia» que comienza con las «Bienaventuranzas», participación de los hombres en la beatitud misma de Dios. Se trata de un don no superficial sino profundo porque la alegría, más que sentimiento efímero, es una energía interior que resiste también las dificultades de la vida. Recuerda san Pablo: «Estoy lleno de consuelo y sobreabundo de gozo en todas nuestras tribulaciones» (2 Cor 7,4). En este sentido la alegría que sentimos aquí abajo es un don pascual, anticipo de la alegría plena de la que gozaremos en la eternidad.

Don Bosco captó el deseo de felicidad de los jóvenes y tradujo su alegría de vivir en los lenguajes de la alegría, del patio y de la fiesta; pero no dejó nunca de señalar a Dios como fuente de la alegría verdadera. Algunos de sus escritos, como El Joven Instruido, la biografía de Domingo Savio, el apólogo que contiene la historia de Valentino, son la demostración de la correspondencia que él establecía entre gracia y felicidad. Y su insistencia sobre el «premio del paraíso» proyectaba las alegrías de aquí abajo en la perspectiva del cumplimiento y de la plenitud.

En la escuela de Don Bosco, el que pertenece a la Familia Salesiana cultiva dentro de sí algunas actitudes que favorecen la alegría y la comunican a los demás.

- a. La confianza en la victoria del bien: «En todo joven, aun el más desgraciado —escribe Don Bosco—, hay un punto accesible al bien, y el primer deber del educador es buscar ese punto, esa fibra sensible del corazón, y sacar de ella provecho».
- b. El aprecio de los valores humanos: El discípulo de Don Bosco toma los valores del mundo y se niega a lamentarse de su tiempo: acepta todo lo que es bueno, especialmente si agrada a los jóvenes y a la gente (cf. Const. 17).
- c. La educación en las alegrías cotidianas: hace falta un paciente esfuerzo de educación para aprender, o aprender de nuevo, a gustar, con sencillez, las múltiples alegrías humanas que el Creador pone cada día en nuestro camino.

Porque se confía totalmente al «Dios de la alegría» y testimonia en obras y en palabras el «Evangelio de la alegría», el discípulo de Don Bosco está siempre alegre. Difunde esa alegría y sabe educar en la alegría de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta, recordando la llamada de san Pablo: «Estad siempre alegres en el Señor; os lo repito: estad alegres» (Flp 4,4).

2. La pedagogía de la bondad.

«El cariño de Don Bosco es, sin duda, un rasgo característico de su metodología pedagógica considerado válido también hoy, tanto en los lugares todavía cristianos como en aquellos en los que viven jóvenes pertenecientes a otras religiones.

Pero no es reducible solo a un principio pedagógico, sino que debe reconocerse como elemento esencial de nuestra espiritualidad.

Es, efectivamente, amor auténtico porque nace de Dios; es amor que se manifiesta en los lenguajes de la sencillez, de la cordialidad y de la fidelidad; es amor que genera deseo de correspondencia; es amor que suscita confianza, abriendo el camino a la confianza y a la comunicación profunda («la educación es cosa de corazón»); es amor que se difunde creando un clima de familia, donde estar juntos es hermoso y enriquecedor.

Para el educador es un amor que requiere fuertes energías espirituales: la voluntad de ser y estar, la renuncia de sí y el sacrificio, la castidad de los afectos y el autocontrol en las actitudes, la escucha participativa y la espera paciente para descubrir los momentos y los modos más oportunos, la capacidad de perdonar y de reanudar los contactos, la mansedumbre de quien, tal vez, sabe también perder pero sigue creyendo continuamente con esperanza ilimitada. No hay amor verdadero sin ascética y no hay ascética sin el encuentro con Dios en la oración.

El cariño es fruto de la caridad pastoral. Decía Don Bosco: «Este afecto recíproco nuestro ¿en qué se basa? [...] En el deseo que tengo de salvar vuestras almas, que fueron redimidas con la sangre preciosa de Jesucristo, y vosotros me amáis porque intento llevaros por el camino de la salvación eterna. Por tanto, el bien de nuestras almas es el fundamento de nuestra afecto».

El cariño se convierte así en signo del amor de Dios, e instrumento para despertar su presencia en el corazón de aquellos a quienes llega la bondad de Don Bosco; es un camino para la evangelización.

De aquí la convicción de que la espiritualidad apostólica de la Familia Salesiana se caracteriza no por un amor genéricamente entendido, sino por la capacidad de amar y de hacerse amar».

Algunos textos para nuestra reflexión:

El evangelio de la alegría (Lucas 15). De él extraemos una parábola (1-10):

“Todos los publicanos y los pecadores se acercaban a él para oírle, y los fariseos y los escribas murmuraban, diciendo: «Este acoge a los pecadores y come con ellos.»

Entonces les dijo esta parábola. «¿Quién de vosotros que tiene cien ovejas, si pierde una de ellas, no deja las 99 en el desierto, y va a buscar la que se perdió hasta que la encuentra? Y cuando la encuentra, la pone contento sobre sus hombros; y llegando a casa, convoca a los amigos y vecinos, y les dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se me había perdido."

Os digo que, de igual modo, habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta que por noventa y nueve justos que no tengan necesidad de conversión.

«O, ¿qué mujer que tiene diez dracmas, si pierde una, no enciende una lámpara y barre la casa y busca cuidadosamente hasta que la encuentra?

Y cuando la encuentra, convoca a las amigas y vecinas, y dice: "Alegraos conmigo, porque he hallado la dracma que había perdido."

Del mismo modo, os digo, se produce alegría ante los ángeles de Dios por un solo pecador que se convierta”.

El evangelio de la esperanza (Lc 7): un episodio de la vida de María Magdalena:

"¿Ves a esta mujer? Al entrar en tu casa, no me diste agua para lavarme los pies, pero ella me los ha lavado con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; en cambio ella no ha cesado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza y ella me ha ungido los pies. Por ello, te digo que se le han perdonado muchos pecados, pues ha amado mucho. En cambio, aquél a quien se perdona menos, ama menos". Y volviéndose a la mujer, le dijo: "Perdonados te son tus pecados. Tu fe te ha salvado. Vete en paz" (Lc. 7).

PARA LA REFLEXIÓN

- ✓ Releer los textos evangélicos y ver qué me dicen en este momento concreto.
- ✓ ¿Qué puede significar hoy para mí vivir en la alegría y en la esperanza? ¿Qué resistencias ofrece mi vida para que estas dos virtudes cristianas sean una realidad en mí?
- ✓ Ante este tiempo de cambios que estamos viviendo, ¿qué actitud es la más importante que debo adquirir en estos momentos?
- ✓ Quizás lo más importante en este tiempo de Pascua y para el resto de nuestra vida cristiana sea vivir como resucitados. ¿Realmente vivimos así? ¿Reflejamos en nosotros el rostro del Resucitado, o traslucimos demasiado algunos de nuestros problemas?
- ✓ ¿Cómo hacer para que la espiritualidad de alegría y de la esperanza vaya calando en nuestra vida y sea fuente de nuestro trabajo pastoral?

La vivencia de nuestra espiritualidad con los jóvenes¹

Vamos a dedicar nuestro tiempo de retiro a meditar sobre cómo vivimos nuestra espiritualidad con los jóvenes. No es necesario decir que ellos están en el centro de nuestra vocación, que son el lugar donde hacemos experiencia de encuentro con Dios, que nuestra forma específica de vida religiosa es ser, en la Iglesia, signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres (CC n. 2).

I. Comenzamos orando

Reconocemos la acción de Dios en nuestra vida. Le damos gracias, porque, en medio de nuestra debilidad, es capaz de obrar en nosotros y darnos la fuerza necesaria para ser testigos de su amor.

† Cántico de Ana (1 Sa 2, 1-10)

Antífona cantada: Magnificat, magnificat, magnificat anima mea Dominum.
Magnificat, magnificat, magnificat anima mea.

“Mi corazón se regocija por el Señor,
mi poder se exalta por Dios;
mi boca se ríe de mis enemigos,
porque gozo con tu salvación.
¡No hay santo como el Señor!
¡No hay roca como nuestro Dios!

-No multipliquéis discursos altivos,
no echéis por la boca arrogancias,
porque el Señor es un Dios que sabe,
él es quien pesa las acciones.

Antífona

-Se rompen los arcos de los valientes,
mientras los cobardes se ciñen de valor;
los hartos se contratan por el pan,
mientras los hambrientos engordan;

¹ Retiro propuesto en el contexto de la Semana Vocacional 2013.

la mujer estéril da a luz siete hijos,
mientras la madre de muchos
queda baldía.

-El Señor da la muerte y la vida,
hunde en el abismo y levanta;
da la pobreza y la riqueza,
humilla y enaltece.

-Él levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para hacer que se siente entre príncipes
y que herede un trono de gloria;
pues del Señor
son los pilares de la tierra,
y sobre ellos afianzó el orbe.

Antífona

-Él guarda los pasos de sus amigos,
mientras los malvados
perecen en las tinieblas,
porque el hombre no triunfa por su fuerza.

-El Señor desbarata a sus contrarios,
el Altísimo truena desde el cielo.
El Señor juzga
hasta el confín de la tierra.
él da fuerza a su rey,
exalta el poder de su Ungido.”

Gloria al Padre...

† Texto (2 Tim I, 6-8)

Por eso te recomiendo que avives el fuego del don que Dios te concedió cuando te impuse las manos. Pues Dios no nos ha dado un espíritu de temor, sino un espíritu de poder, amor y buen juicio. No te avergüences, pues, de dar testimonio a favor de nuestro Señor, ni tampoco te avergüences de mí, preso por causa suya. Antes bien, con las fuerzas que Dios te da, acepta tu parte en los sufrimientos por causa del evangelio.

† Oración

Danos, Padre, la calma necesaria
para encontrarnos contigo y con tu Palabra.
Concédenos el don de estar abiertos a tus insinuaciones,
la disposición a aceptarlas
y la decisión para renovar en nuestra vida
aquello que nos aleja de la vivencia del Evangelio.
Que este tiempo de retiro impulse y anime nuestra espiritualidad,
nuestro deseo de ser portadores de tu amor a los jóvenes.
Te lo pedimos, por Jesucristo, Hijo tuyo y Señor nuestro.
Amén.

II. Texto evangélico

(Mc 8, 27-35)

27 Después de esto, Jesús y sus discípulos se dirigieron a las aldeas de la región de Cesarea de Filipo. En el camino preguntó a sus discípulos:

–¿Quién dice la gente que soy yo?

28 Ellos contestaron:

–Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, que eres Elías, y otros, que eres uno de los profetas.

29 –Y vosotros, ¿quién decís que soy? –les preguntó.

Pedro le respondió:

–Tú eres el Mesías.

30 Pero Jesús les ordenó que no hablaran de él a nadie.

31 Comenzó Jesús a enseñarles que el Hijo del hombre tenía que sufrir mucho, y que sería rechazado por los ancianos, por los jefes de los sacerdotes y por los maestros de la ley. Les dijo que lo iban a matar, pero que resucitaría a los tres días. 32 Esto se lo advirtió claramente. Entonces Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderle. 33 Pero Jesús se volvió, miró a los discípulos y reprendió a Pedro diciéndole:

–¡Apártate de mí, Satanás! Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres.

34 Luego llamó Jesús a sus discípulos y a la gente, y dijo:

–El que quiera ser mi discípulo, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame. 35 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía y del evangelio, la salvará.

Leo y contemplo con calma la Palabra, veo en ella lo que Dios me está diciendo, lo hago objeto de mi oración...

(Me puedo ayudar de las notas y sugerencias).

Notas para fijarnos en Jesús y el Evangelio

- Jesús sale de Galilea. Y pregunta qué han entendido de su persona, qué dicen sobre lo que ha hecho y sobre lo que ha dicho. La pregunta la hace distinguiendo entre “la gente”, es decir, quienes se lo han mirado de lejos, y “vosotros”, los discípulos, los que han estado con él en su camino. Los primeros dicen palabras de admiración. Quienes lo siguen, aciertan; y es que a Jesús no se le admira, se le sigue.
- La pregunta a los discípulos, “y vosotros, ¿quién decís que soy?”, se produce en un diálogo cara a cara, en un tú a tú íntimo. Sólo en este contexto se puede conocer a Jesús. Por otra parte esto quiere decir que ante Jesús todo el mundo queda posicionado, definido.
- A la respuesta de los discípulos, Jesús pone un contrapunto: Él es el Mesías, sí, pero su mesianismo no corresponde al de un guerrero poderoso, sino a un Mesías pobre y humilde que tiene que pasar por el sufrimiento y por la muerte antes de resucitar.
- Después del diálogo de fondo con los discípulos, Jesús expone la síntesis sobre el seguimiento de su camino, y lo expone a todo el que la quiera escuchar: quien quiera seguirle, ser su discípulo, tiene que estar dispuesto a seguir los pasos del Maestro:
 - “Olvidarse de sí mismo” es poner a Dios y a los demás en el centro de la propia vida, en lugar del propio yo. Una persona se va haciendo discípula de Jesús cuando va

saliendo de sí misma para darse a los demás. Dejar... para encontrar; salir... para acoger; dar... para recibir.

- “Cargar con la cruz” es aceptar las consecuencias de la entrega de uno mismo. Una persona se va haciendo discípula de Jesús cuando emprende acciones que comprometen, que pueden tener como consecuencia la cruz.
- “Perder la vida” y “salvarla” son dos conceptos que se entienden de manera diversa, según sea la vida. Para quien tiene la vida centrada en el Dios que nos ama y en los demás, darse (es decir, “perder la vida”) es lo mismo que “salvarse”; por el contrario, para quien está centrado en sí mismo, dar o darse sólo es “perder”.

Sugerencias para la vivencia de nuestra espiritualidad

- No puedo anunciar, dar a conocer a Jesús (ni a los jóvenes ni a nadie), si no tengo claro quién es para mí, no en un plano teórico, sino vivencial.
- El mesianismo de Jesús no es triunfalista, se basa en el servicio, y eso le supone incomprensión, sufrimiento... y muerte. A la luz de esta actitud de Jesús, pienso en cómo vivo mi misión, si la baso en el “triunfo” o en el servicio, con todas las consecuencias.
- Miro el final del texto (34-35) en clave de “servicio a los jóvenes”: poner a Dios y a los jóvenes en el centro, aceptar las consecuencias de la donación personal, ser discípulo de Jesús, “perder la vida” por el Evangelio, por Jesús, por los jóvenes...

III. El amor a los jóvenes da sentido a nuestra vida

Así lo expresan nuestras Constituciones. Y siendo portadores del amor de Dios a los jóvenes encontramos el camino de nuestra santificación. Hagamos de ello objeto de nuestra reflexión.

Predilección por los jóvenes

Nuestra vocación tiene el sello de un don especial de Dios: la predilección por los jóvenes. “Me basta que seáis jóvenes, para que os ame con toda mi alma”. Este amor, expresión de la caridad pastoral, da sentido a toda nuestra vida.

Por bien de ellos ofrecemos generosamente tiempo, cualidades y salud. “Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida”.

(Constituciones Salesianas, n. 14)

A la luz de este artículo de nuestras Constituciones puedo revisar la vivencia de mi espiritualidad. Ante la presencia del Padre, hago de ello motivo de oración.

- *...un don especial de Dios, la predilección por los jóvenes.*

¿Cultivo este don de Dios en mi vida? ¿Siento realmente la predilección por los jóvenes?

- *Este amor da sentido a toda nuestra vida.*

¿Cuál es el sentido, el eje de mi vida? ¿Es el amor a jóvenes concretos? ¿Cómo alimento este eje, sobre el que tendría que girar todo?

- *Por bien de ellos ofrecemos generosamente tiempo, cualidades y salud.*

¿Procuró ser consciente de hacerlo todo en función de los jóvenes? ¿Pongo mis cualidades a su disposición? ¿Procuró estar bien, física y psíquicamente, para poder servirles mejor?

IV. Algunas oraciones...

(Anexo para el momento de silencio y oración personal)

En tus manos, oh Dios, me abandono,
modela esta arcilla, como lo hace el alfarero.
Dale forma, y después, si así lo quieres, puedes deshacerla, trocearla...
Manda, ordena... ¿Qué quieres que haga? ¿Qué quieres que yo no haga?

Dame el amor por excelencia, el amor a la cruz;
no una cruz heroica que pudiera satisfacer mi amor propio,
sino aquellas cruces humildes, sencillas, con las que me cuesta más cargar.
Las que encuentro cada día en la contradicción,
en el olvido o en el fracaso, en la indiferencia de los otros,
en el malestar y en la enfermedad, en las limitaciones,
en la tensión excesiva de las preocupaciones,
en la aridez de los momentos de vacío y de cansancio.

Que sea capaz de ser fiel también con esas cruces,
de aceptarlas y vivirlas con esperanza;
que no sean una excusa para dejar de llevar tu amor a los jóvenes.
Por Jesucristo, tu Hijo, que aceptó la cruz con profunda confianza.
Amén.

Señor, ¿a quién iremos? Tus palabras son palabras de vida eterna. Nosotros sí hemos creído, y sabemos que tú eres el Santo de Dios. (Jn 6, 68-69)

Mi vida entera está unida a ti; tu mano derecha no me suelta. (Sal 62)

Me apresuro a cumplir tus mandamientos porque llenas de alegría mi corazón. (Sal 118)

V. Para meditar...

(Anexo para el momento de silencio y oración personal)

Contar a Jesús, el Cristo total [Álvaro Chordi (Diócesis de Vitoria)]

Hace unos meses participé en las bodas de oro y plata sacerdotales de nuestra diócesis, en el que solemos formarnos, celebrar la eucaristía y comer juntos la mayoría de los curas diocesanos. Me senté en una mesa con otros cinco compañeros, en un ambiente muy cordial y con amena conversación. De aquella comida me quedó grabada una imagen: un cura que ya ha cumplido 70 años que no paraba de narrar a Jesús de Nazaret. A la mínima oportunidad, Jesús se metía en la conversación entre la ensalada y el consomé, el pescado y la carne... Este cura radiaba a Jesucristo con total normalidad y con profunda implicación personal. Me di cuenta que este compañero se identificaba con “ese Cristo total que nace y se construye en la historia humana por obra del Espíritu”.

En varias ocasiones me sentí un privilegiado por formar parte de este “cuerpo” que tiene el lujo de contar con personas tan atravesadas por Jesús de Nazaret. Este hombre estaba fascinado por Jesús. Estaba tocado por el Señor. Sacaba por los poros al Maestro. Le asombraba su forma de ser, de actuar, de vivir, de amar, de servir... Jesús salía a relucir en sus conversaciones, una y otra vez. Entonces me sobrevino esa sana “envidia” que me retrotraía a mi propia historia de salvación.

Cuando ausculto mi corazón, descubro que Jesús es muy importante en mi vida, pero todavía no es el Señor de mi vida y mi corazón. Tengo zonas no evangelizadas, espacios reservados a mí mismo, territorios no compartidos... ¡Cuánto camino queda por recorrer! Me alegra contar con personas que te muestran sin tapujos a Jesús.

Los jóvenes cristianos y las jóvenes cristianas son buscadores de Dios que están dispuestos a dar un giro importante en un momento dado de su vida. Están abiertos a que Jesús les saque de sí mismos, les encamine hacia los demás, ponga en orden sus afectos... Buscan a Jesús de verdad, desean que su palabra inunde su corazón y esperan sentir su poder transformador. Los jóvenes necesitan auténticos “testigos del Dios vivo”, personas que confiesen a Jesús como el centro de sus vidas, que les ayude a centrarse en Cristo, a creer en Aquel que es “Camino, Verdad y Vida”.

Hemos de “fijar nuestros ojos en quien inicia y completa nuestra fe: Jesús” (Heb 12,2), para que Cristo conquiste el corazón de los jóvenes y los atraiga hacia sí. Cristo hace fecunda la vida de los jóvenes; les ayuda a crecer, a multiplicarse, a dar calidad y a contagiar ganas de vivir. Jesús arrastra, cautiva y convence a los jóvenes. Jesús contagia pasión y ofrece un nuevo modo de vivir y morir.

El contenido de la pastoral con jóvenes es Jesucristo. Jesús es nuestra vocación. En Él hemos de fijar nuestra atención. Y nuestra mejor tarea consiste en ayudar a los jóvenes a que se encuentren con el Señor, se familiaricen con sus palabras y gestos, se movilicen por la compasión, se activen por el Reino.

A veces tengo la impresión que Dios se puede convertir en un extraño en nuestra casa, que nos pueden movilizar más nuestras ideas, sensibilidades y proyectos que los sentimientos de Cristo Jesús (Flp 2,5). Por eso, os invito a consolidar los cimientos de nuestra fe y a crecer en la relación personal con Jesucristo.

Si nos dedicásemos un día o una semana completa a escuchar y tomar nota de lo que hablamos los hermanos, en lo ordinario de la vida, y ver qué nos preocupa, qué nos contamos, qué expresamos... nos sorprenderíamos si viésemos que Dios o el evangelio de Jesús apenas aparecen en medio de nuestras conversaciones, quizá porque lo tengamos reservado para los momentos estelares de las comunicaciones, oraciones, celebraciones, etc. o quizás porque no sea, de hecho, motivo de atención preferente en nuestras vidas. Me pregunto a menudo cómo es posible que el Señor de nuestra vida y nuestro corazón esté tan ausente en nuestros labios, en nuestros diálogos en casa, en el trabajo, en la familia, etc. ¿Será por vergüenza? ¿Será por cierto rechazo a ser tachados de “carcas”? ¿No será más bien porque tenemos tan intelectualizada nuestra fe que no somos suficientemente “tocados” en el corazón y “trastocados” por el Dios de la Vida?

(...)

A mi modo de entender, la clave reside en ser testigos de la experiencia de Dios. Testigo es alguien que ha vivido un acontecimiento central y único, que le ha ganado el corazón y ha transformado su vida hasta el punto de que no puede dejar ya de transmitir lo que vive con su palabra y su conducta. La vida de los testigos queda transformada: ya solo pueden vivir para lo que han experimentado. El testigo ha experimentado un cara a cara, un tú a tú.

(...)

Los jóvenes y los pobres, los hermanos... necesitamos testigos auténticos y sólidos, “que se tengan en pie”. Testigos que comparten la vida, que son compañeros de camino (Hch 8,26-40), que van donde la gente está, que no construyen el Reino (eficacia) sino que acogen el Reino (fecundidad), que están dispuestos a secundar el plan de Dios en el corazón de cada persona, en vez de “llevar el Evangelio a la gente”, o “aquellos con los que trabajamos”... que saben que no van a salvar a nadie, a lo más, a ayudar a que otros descubran el Reino. Necesitamos testigos que se vivan limitados, pecadores, en camino, en búsqueda, que sean pacientes y valientes, signos del amor incondicional de Dios, que vivan gozosa e implicadamente en la Iglesia, en definitiva, que sean testigos curtidos en la Eucaristía. Éste es nuestro mayor reto, hermanos: que el Espíritu nos convierta en testigos de la experiencia de Dios.

(...)

Formación

El liderazgo compartido, que viene de Dios (Reflexiones en tiempo de Cónclave y después...)

José Cristo Rey García Paredes, cmf

No nos encontramos en tiempos fáciles para conducir la nave de la Iglesia. A veces da la impresión de que no navegamos, sino que únicamente la nave se mantiene a flote, aparcada en el mismo mar. Tenemos en nuestras manos valiosos documentos de ruta hacia mares nuevos (Vaticano II, Sínodos), pero después de varios intentos fallidos, quienes conducen la barca tienden a reconducirla hacia el puerto seguro y acaban aparcados en un realismo sin sobresaltos.

Estamos en tiempo de reflexión sobre el liderazgo en la Iglesia, en tiempo de Cónclave y de súplicas a nuestro Dios. Ofrezco una reflexión que intenta profundizar en lo que estamos viviendo en este momento. ¿Cómo entendemos el liderazgo en la Iglesia? ¿Qué reflexiones nos suscita?

¿Cómo nos sentimos ante nuestros líderes?

Sabemos bien a dónde queremos ir, pero quienes gobiernan la nave ¿saben cómo llevar al grupo a la meta soñada? Creíamos disponer de buenos líderes, pero las decepciones han sido grandes en no pocos lugares. No se necesitan únicamente líderes de buenos discursos, sino líderes capaces de introducir nuevas prácticas, nuevas transformaciones, de encontrar respuestas a los problemas más acuciantes de nuestro tiempo (la pobreza, la injusticia, la corrupción, la discriminación racial, de género, de cualquier tipo...), líderes capaces de aprender de los demás y de los “otros”, líderes humildes que no aducen respuestas definitivas y suscitan búsquedas conjuntas y recorridos compartidos.

No basta hablar de “nueva evangelización”. Hay que encontrar cauces y tomar decisiones que nos lleven a abandonar la “obsoleta evangelización” e introducir aquella evangelización que merezca de verdad el apelativo de “nueva”. No basta con reciclar a los viejos evangelizadores, es necesario encontrar el modo (procesos formativos!) de re-nacer como “nuevos evangelizadores”. Para ello se necesita un nuevo liderazgo: un liderazgo con visión y capaz de conducir -superando sus miedos- a la gran comunidad eclesial hacia esa nueva primavera esperada; un liderazgo no a la defensiva, sino a la ofensiva (en el mejor sentido de la palabra), es decir, audaz, seductor, confiado; un liderazgo que afronta los problemas y no dejan que corrompan el cuerpo eclesial; un liderazgo terapéutico y preocupado por la salud eclesial en todos sus niveles.

La “otra perspectiva” del Liderazgo

No ha sido frecuente entre nosotros referirse a la autoridad en la Iglesia y en la vida consagrada con el término “liderazgo”. Este parece ser más bien un término laico, poco apropiado para ello. La tradición nos ha transmitido un lenguaje diferente: autoridad, potestad divina, jerarquía sagrada, superiores, súbditos... La sociedad está cambiando. Ella prefiere el lenguaje del “liderazgo”, que aplica a diversos ámbitos de la vida: político, económico, empresarial, académico-universitario, y también religioso². Se habla y escribe mucho sobre el liderazgo femenino; resulta que es en la vida consagrada donde el grupo mayoritario femenino se autogobierna y auto-lidera, lo cual tiene mucha importancia como experiencia de liderazgo para toda la Iglesia³.

También en la Iglesia, especialmente en el ámbito anglófono, se utiliza cada vez más la terminología del “liderazgo” dejando obsoleta aquella de “gobernantes y gobernados”. Con el cambio de lenguaje se detecta que algo importante está cambiando también en la concepción de la autoridad y la obediencia en la Iglesia. ¿De qué se trata? ¿No habrá debajo de este lenguaje otra forma nueva de autoritarismo?

Desgraciadamente hay personas que exageran la importancia del liderazgo hasta extremos auténticamente idolátricos. Hay actualmente casos notorios de idolatrización institucional y mediática de algunos líderes políticos.

El énfasis en el liderazgo es hoy muy fuerte en nuestras sociedades; a veces exagerado por parte de los “gurus” que tanto escriben y predicán sobre él. Las expectativas respecto al líder son a veces tan altas, que su figura se convierte en idolátrica. Se parte del supuesto de que de ellos depende el éxito o el fracaso de las instituciones.

Sin la perspectiva de fe religiosa, el peso del liderazgo recae únicamente en la persona elegida y en el grupo que lo comparte. Lo mismo nos puede suceder a nosotros, aunque oficialmente nos denominemos creyentes. El gran impulso que la Iglesia necesita no depende únicamente de la persona que sea elegida como Papa, ni de la exaltación institucional que se haga de su persona y valía. Hemos de estar muy atentos a no caer en la tentación de la papolatría institucional y mediática interna. No es bueno que funcione el incienso en exceso, ni la apología desmesurada, tal como hemos podido apreciar en algunos medios eclesiásticos. Pero tampoco, esa “papolatría iconoclasta” de quienes antes que el líder levante un dedo ya están recogiendo firmas y lanzando a la publicidad documentos de denuncia, que intentan denominar “profética” en favor de la “iglesia de Jesús”, de la que se arrogan el monopolio.

² Cf. R. K. Coper y A. Sawaf, *La inteligencia emocional aplicada al liderazgo y a las organizaciones*, Norma, Bogotá. 1998; Ronald A., Heifetz, *Liderazgo sin Respuestas fáciles*, Paidós, Barcelona. 1997; R. Y. Fisher, A. Sharp, A. *El liderazgo lateral*, Norma, Bogotá. 1999; James MacGregor Burns, *Transforming Leadership: A New Pursuit of Happiness*, Grove, 2003; John P. Kotter, *Leading Change*, Harvard Business School, 1996; Daniel Goleman, Annie McKee, Richard E. Boyatzis, *Primal Leadership: Realizing the Power of Emotional Intelligence*, Harvard Business School, 2002.

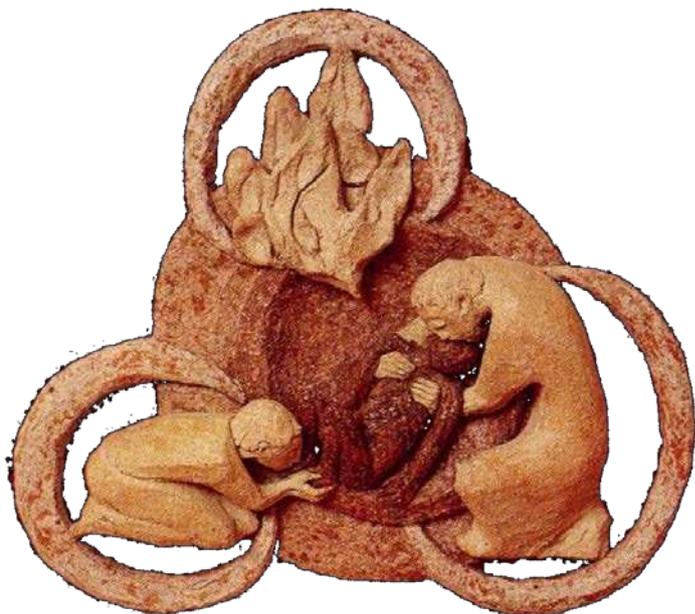
³ Deborah L. Rhode, *The Difference “Difference” Makes: Women and Leadership*, Stanford 2003); Sally Helgesen, *The Female Advantage: Women’s Ways of Leadership*, Doubleday 1995; Helen B. Regan, Gwen H. Brooks, *Out of Women’s Experience: Creating Relational Leadership*, Corwin 1995; Belleville, Linda L. *Women Leaders and the Church: 3 Crucial Questions*, Grand Rapids, Mich.: Baker Books, 2000.

Teología del liderazgo: trinitario y compartido

Nosotros los cristianos nos mostramos críticos ante visiones idolátricas e iconoclastas del liderazgo. Es cierto que en la iglesia tenemos necesidad del liderazgo. La cuestión es cómo entenderlo. Lo quiero expresar en sencillas proposiciones, brevemente explicadas:

1. En la Iglesia ningún líder ha de suplantar el liderazgo único y permanente que ejerce Jesús en ella a través de la misión del Espíritu Santo. Y ningún creyente que lo sea de verdad debe aceptar esa suplantación, sea de forma activa o sea de forma pasiva. Recordemos cuando en Listra Pablo curó a un tullido y el sacerdote del templo de Zeus quiso ofrecerles (a él y a Bernabé) un sacrificio y ellos aterrizados respondieron:

“Amigos, ¿porqué hacéis esto? Nosotros somos también hombres, de igual condición que vosotros... Con estas palabras pudieron impedir a duras penas que la gente les ofreciera un sacrificio” (Hech 14, 15-18).



O evocamos aquella escena última del Apocalipsis, cuando el vidente cayó a los pies del ángel para adorarlo y él le dijo:

“No, cuidado. Yo soy un siervo como tú, tus hermanos los profetas y los que guardan las palabras de este libro. A Dios tienes que adorar” (Apc 22, 9).

No es el líder eclesiástico el que renueva y reforma la Iglesia, sino el Espíritu Santo, cuando se expresa y actúa a través de él y también a través de tantas otras personas a las que concede dones de liderazgo y dones carismáticos. Benedicto XVI lo expresó muy bien en su homilía inicial: “No estoy solo, cuento con todo el Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”.

2. La doctrina trinitaria de la “perichoresis” (mutuas relaciones entre las personas de la Santísima Trinidad) muestra e ilumina de una manera peculiar cómo entender el liderazgo en la Iglesia. Wm. Paul Young en su novela “La Cabaña” retraduce de forma literaria y sencilla esta gran verdad de la doctrina tradicional trinitaria de la “perichóresis”. Basten dos textos:

Mackenzie (Mack), el protagonista de la novela, expresa su experiencia de Dios Trinidad con estas palabras:

“Nunca había visto a tres personas departir con tanta sencillez y belleza. Cada uno parecía más atento a los demás que a sí mismo... Me gusta cómo se tratan. Ciertamente no esperaba que Dios fuera así”⁴.

El Espíritu Santo (en la novela se llama Sarayu) se lo explica a su vez a Mack:

⁴ Wm. Paul Young, La cabaña, Editorial Planeta Mexicana, 2009, p. 176-177.

“Mackenzie, no tenemos ningún concepto de autoridad suprema entre nosotros, sólo unidad. Estamos en un círculo de relación, no en una cadena de mando, o “gran cadena del ser”, como la llamaron tus antepasados. Lo que ves aquí es relación sin ninguna capa de poder. No necesitamos poder todo el otro, porque siempre buscamos lo mejor. La jerarquía no tendría ningún sentido entre nosotros. En realidad, éste es vuestro problema, no nuestro”⁵.

El liderazgo religioso brota del Dios Tri-uno. Dios es la fuente del liderazgo cristiano. No lideramos por Dios, ni en nombre de Dios, sino participando en el liderazgo de Dios. Graham Buxton escribió muy acertadamente: “Tener una visión del ministerio es tener una visión de Dios en el ministerio”⁶. No es el ministerio misionero el que dirige las Iglesias, sino que es Cristo quien dirige a su Iglesia según la voluntad del Padre y en y desde el poder del Espíritu.

3. El líder en la Iglesia no lo es tanto por sus capacidades o destrezas, cuanto por su disponibilidad para que el movimiento de gracia que brota de la Trinidad Santa, fluya por doquier, en todas las direcciones, hacia derecha e izquierda, y envuelva y active a la Iglesia mundial a y cada una de las iglesias locales. Así fue el liderazgo del Papa Juan XXIII. Encontró el modo de hacer fluir la Gracia en la Iglesia, contando con todos. Logró que la Iglesia expresara sus deseos, sus sueños: “Iglesia, ¿qué dices de ti misma?”. La persona líder hace presente en la Iglesia el liderazgo divino por medio del olvido de sí misma (éxtasis) y de la relación con los demás (mutualidad, reciprocidad). Ese liderazgo transparente es, sobre todo, servicio humilde, kénosis amorosa en la relación con el otro, con el diverso. Esta es la “autoridad” que se recibe de Dios (Jn 19,11). Desde esta perspectiva la cuestión no es si hay personas que tienen el carisma de liderazgo, sino más bien si hay personas dispuestas a participar y contribuir al flujo de gracia de Dios que se derrama sobre el mundo, sobre una comunidad o grupo.

4. El modo de ejercer el liderazgo de Jesús y de su Espíritu es, ante todo, discreto. Se evita el “star system”, el afán de llenar todas las pantallas, el imponerse sobre todo lo que pueden ser realizado des-centralizando. Lo importante es que funcione la comunidad y no solo el líder; la visibilidad de la comunidad y no la del líder. Las instituciones eclesiales deben evitar el culto a la personalidad. No se es líder para defender y engrandecer una institución y hacerla subir en el ranking de las instituciones, sino para hacer que la Gracia fluya por doquier y todo lo vitalice.

Personas sin aparente carisma de liderazgo (tal como es secularmente entendido) pueden ser líderes en el Espíritu en cuanto que dejan a Dios ser Dios y se convierten en “mecenás” de todo aquello que exprese y active el liderazgo del mismo Dios, contando con todos.

No se trata de imponer la propia visión, las propias ideas, sino de compartir con todos y todas y desde la diversidad y comunión de las personas -mujeres y varones, casados y célibes-, encontrar una nueva visión para realizar la misión que el Espíritu quiere en este momento. Nunca el liderazgo ha de pesar sobre una única persona. Si se fundamenta en el Dios Tri-uno, ha de ser un liderazgo compartido.

Esperamos que emerja en nuestro tiempo con menos timidez y más decisión la Iglesia que se re-estructura desde la inclusión y no la exclusión, la iglesia de los teólogos y las teólogas, de los maestros de espíritu y las maestras de espíritu, de los consultores y las consultoras, de los ministerios masculinos y femeninos, de las personas cultas y de las personas sencillas y pobres: la casa de todos y

⁵ Wm, Paul Young, La cabaña, p. 177-178.

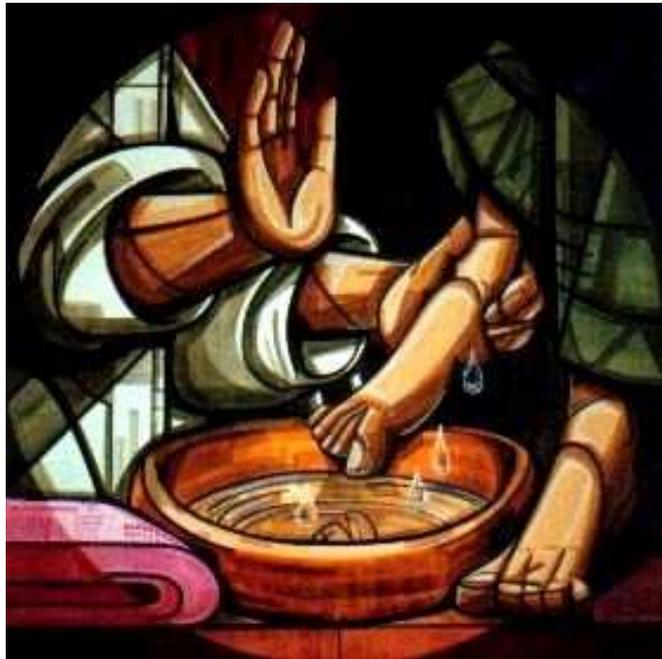
⁶ Cf. Graham Buxton, Dancing in the Dark: The privilege of participating in the ministry of Christ, Paternoster, London, 2001, p. 252.

de todas; la iglesia en la cual se escucha la voz de los últimos y se obedece a los más necesitados; la iglesia ecuménica e interreligiosa con la que da gusto dialogar, compartir y emprender tareas conjuntas; la iglesia que ilumina pero también se sabe iluminada, la Iglesia que tanto ama al mundo que se olvida de sí y se entrega sin calcular las consecuencias.

Liderazgo de “servicio” y “autoridad” para el cambio

¿Está adecuadamente servido el Pueblo de Dios? ¿Es respetado? ¿Los servicios al pueblo de Dios son adecuados a este tiempo, son personalizados? ¿O tal vez el pueblo de Dios está disperso, como ovejas sin pastor? Es una pregunta que los líderes no pueden obviar. Jesús dio ejemplo: “No ha venido a ser servido, sino a servir”. ¿El pueblo de Dios se encuentra adecuadamente servido por sus ministros? ¿Dispone de suficientes ministros y de ministros preparados para ofrecer servicios de calidad espiritual, organizativa, comunitaria? ¿Se puede prolongar más la situación de comunidades cristianas desatendidas, sin ministros ordenados para celebrar adecuadamente la Eucaristía, sin ministros ordenados para la reconciliación y la conversación espiritual, con ministros ordenados demasiado ancianos y limitados? ¿Puede la Iglesia obstinarse a mantener una tradición, cuando más necesaria se hace la imaginación pastoral y también teológica?

Tenemos en nuestras manos valiosos instrumentos de ruta: la letra y el espíritu del Concilio Vaticano II. Pero han pasado 50 años y las nuevas generaciones no lo sienten como “su Concilio”. Hemos de seguir adelante y acelerar el amanecer que se nos ofrece, pero contando conciliarmente con todas y todos. No necesitamos super-líderes, pero sí personas aptas para el liderazgo compartido, para la reunión de los dispersos, para movimientos de concentración y comunión y no de enfrentamiento o de paralelismo infecundo. Tenemos necesidad generar nuevos flujos de vida y desatascar los bloqueos internos.



Nos acucian nuevos desafíos a los cuales hemos de dar respuesta no solo desde el diálogo interno en la Iglesia católica, también desde el diálogo interconfesional, interreligioso, el diálogo con la sociedad.

La pasión por la verdad nos lleva a la búsqueda de la verdad, a escuchar la voz de Dios en su Palabra, en nuestra tradición, en nuestro mundo. El liderazgo compartido tiene que responder pero no solo con discursos, sino sobre todo con una nueva praxis, al desafío del sufrimiento, de la pobreza y exclusión, de la increencia.

La nave debe ponerse a navegar bajo el viento del Espíritu, pero también “a pescar”. Hay que trabajar. Es la misión del Espíritu que nos activa, que nos lanza a mares nuevos. Hay que aprovechar este momento propicio para re-entusiasmarnos, re-encantarnos, re-encontrarnos los diferentes como hermanas y hermanos. Soñar la Iglesia del siglo XXI sin vencedores ni vencidos. Y no solo estar dispuestos a obedecer al nuevo Papa, sino estar dispuestos a obedecernos unos a otros, como hermanos y hermanas, y dar lugar a una gran reconciliación interna en la Iglesia y también a una gran terapia colectiva.

“Servir” es la palabra mágica de la autoridad en la Iglesia. “Crecer”, “hacer crecer” es la función prototípica de la autoridad. Ofrecer el servicio del crecimiento es lo mismo que “servicio de autoridad”; pero no creceremos si continuamos con las líneas divisorias que tanto se han marcado en

los últimos años. Se dice que la Iglesia en no pocos países decrece, especialmente en Europa y en América. No deberíamos equivocarnos. Sin intensidad la extensión está hueca y es estéril. Sin profundidad la actividad misión es puro trabajo, la vida pura existencia o pervivencia.

¡Líderes de la Iglesia, ponedla en marcha hacia nuevas metas! ¡Cambiad vuestra visión, desatended a vuestras ideas individuales, dejaos transformar por la realidad y no seáis fieles a vosotros mismos, sino al Dios de la Historia! No pactéis con el Maligno. No seáis pastores de vosotros mismos. No aceptéis mafias de favoritismos que imponen su ley contra los excluidos de vuestros grupos. Sed de todos y todos os seguirán. Entonces más que vosotros mismos, os pareceréis al Buen Pastor, el único Líder, que tiene la autoridad del Abbá. Y el Espíritu hará renacer la iglesia conciliar y reconciliada, en la que entre todos contribuiremos a nuevo amanecer que hace largo tiempo esperamos.

Comunicación

Web y redes sociales: Portales de verdad⁷

Juan Carlos Pinto

El lema de la próxima Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales será “Las Redes Sociales: portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización”, es decir, la Iglesia debe continuar con la tarea comenzada el día de Pentecostés, cuando los apóstoles salieron a las calles de Jerusalén a anunciar el evangelio de Jesucristo en diversas lenguas (cf Hch 2,5-11).

Hoy en día el hombre habla con otro lenguaje, un lenguaje nuevo y cautivador sobre todo para las nuevas generaciones. Este lenguaje es el de la era digital, que ha provocado un cambio de paradigma: el hombre ha roto la barrera del espacio al poderse comunicar en tiempo real con cualquier persona, sin importar dónde se encuentre. Dice el papa con motivo de la próxima Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales: “El ser humano siempre ha sentido la necesidad natural de relacionarse y comunicarse, y así compartir experiencias y sentimientos y gozar de la compañía de otros. Por eso se dice que somos “seres sociales” y tendemos a formar comunidades y organizaciones sociales”.

El surgimiento y popularización de las redes Sociales ha generado una considerable expectación entre los internautas, muchos de ellos deseosos de que la Red ofreciera una mayor interacción y visualización de las relaciones que la que proporcionan el correo electrónico o las listas de distribución. Los nuevos medios llegan más lejos y les ofrecen simultáneamente comunicación, integración en comunidades y cooperación. Un número inicial de integrantes de la red social envía mensajes a otros (de quienes tienen su dirección de correo electrónico) invitándoles a unirse al sitio. Los recién llegados repiten el proceso, creciendo así el número de miembros y de enlaces.

⁷ En *Cooperador Paulino*, nº 164, enero-marzo 2013.

Nuevos espacios para la evangelización

Uno de los desafíos actuales más significativos para la evangelización es el que emerge del ambiente digital. Con el fin de reflexionar sobre este reto, el papa Benedicto XVI, en el contexto del Año de la Fe, ha elegido como lema de la XLVII Jornada Mundial de las Comunicaciones Sociales: “Redes Sociales: portales de verdad y de fe; nuevos espacios para la evangelización”. Pero para entender bien este lema debemos saber qué es en realidad una red social y para qué sirve. Una red social o comunidad virtual, en Internet, es un tipo de aplicación web que sirve para conectar a las personas con sus amigos y hacer nuevos amigos en el proceso. Las redes sociales aprovechan vínculos existentes entre personas. Así, por ejemplo, tiene sentido que existan redes sociales relacionadas con un hobby o actividad, ya que los aficionados a un determinado tema tienden a querer hablar sobre su hobby con otras personas interesadas.

Las redes sociales crecen con rapidez gracias al marketing viral (yo invito a mis amigos, que invitan a sus amigos, que invitan a su vez, a sus amigos....) y ofrecen medios de contacto directo con los interesados en un tema determinado. Este será igualmente el modo de humanizar y vitalizar un mundo digital que impone hoy una actitud más definida: ya no se trata de usar Internet como “medio” de evangelización, sino de evangelizar considerando que la vida del hombre moderno también se expresa en el ambiente digital.

Señala el papa que para nosotros como Iglesia, y sobre todo para nuestra evangelización, los elementos de reflexión, además, son numerosos e importantes: “En un tiempo en el que la tecnología tiende a transformarse en el tejido conectivo de muchas experiencias humanas, como las relaciones y el conocimiento, es necesario preguntarse: ¿la tecnología puede ayudar a los hombres a encontrar a Cristo en la fe? Ya no es suficiente la adecuación superficial de un lenguaje, sino que es preciso poder presentar el Evangelio como respuesta a una perenne exigencia humana de sentido y de fe, que emerge también de la red y se abre camino en ella”.

Precisamente nuestro sumo pontífice nos muestra también que éste acontecimiento es el ejemplo más claro de que en esta sociedad digital se hace urgente que los pastores de la Iglesia usen “las potencialidades de esta ‘edad informática’, con el fin de servir a la vocación personal y trascendente de cada ser humano”. Porque, como afirmó el papa Pablo VI en la Exhortación apostólica *Evangelii nuntiandi*, la Iglesia “se sentiría culpable ante Dios” si dejara de usar los medios de comunicación para la evangelización. La Jornada Mundial de las Comunicaciones, única jornada mundial establecida por el concilio Vaticano II (Inter Mirifica, 1963), se celebra en muchos países, por recomendación de los obispos del mundo, el domingo anterior a la fiesta de Pentecostés (el 12 de mayo en 2013).

Una nueva evangelización puede asegurar el crecimiento de una fe límpida y profunda capaz de extenderse a todos los rincones de la tierra, obedeciendo al mandato de Cristo de anunciar el evangelio a todas las naciones (cf Mt 28, 19-20).

Vocaciones

Yo quiero resucitar

Bonifacio Fernández, cmf

***¿Tú quieres resucitar? ¿Quieres vivir para siempre? ¿Sientes pasión por la vida?
¿Puedes afirmar que eres una persona “biófila”? ¿Sientes rebeldía frente a la
muerte individual e indignación ética frente a la cultura de la muerte?***

Estas preguntas y sus correspondientes respuestas positivas son imprescindibles para poder sintonizar con la música de la resurrección de Jesús. Para quienes no quieren vivir, la resurrección se convierte en una pesadilla. Para quienes ya se han resignado a ser muertos en vida, la continuación de la misma sería, en realidad, continuidad de la muerte. Uno de los peligros de la sociedad actual es perder “el gusto por la vida”. Queda encerrada en la inmanencia, dispersa en las experiencias de bienestar, entretenida en los quehaceres. Se vuelve descafeinada. Se pierde la reciedumbre del deseo profundo de vivir que no se contenta si no es con la vida eterna.

Todos los humanos hemos experimentado alguna anticipación de la resurrección. Está incluida en la experiencia del amor, de que “alguien nos delecta”. Amar a alguien es la afirmación de su vida contra todas las formas de muerte: quiero que tú vivas; necesito que no te mueras; es una dicha que hayas nacido. Tu vida me da motivos para seguir viviendo. En cambio, quien no ama, no tiene nada que eternizar. El amor pide eternidad. No hay más eternidad que la del amor.

En esta línea, la resurrección de Jesús crucificado es un inagotable grito a favor de la vida, en presencia de la muerte. Es la revelación de que en Él todos estamos “amenazados” de resurrección, con más certidumbre que estamos amenazados de muerte, pues somos mortales. Se trata de una dichosa amenaza; se trata de una promesa que garantiza: el amor termina triunfando sobre la muerte, los verdugos no terminarán teniendo la última palabra sobre las víctimas. Estamos convocados a la resurrección. Es nuestra vocación más genuina. Hemos resucitado con Él (Col 3,1). Somos seres para

la vida plena, en cual ya no habrá ni dolor ni llanto. Esa es nuestra vocación última. “Nuestra vida está con Cristo escondida en Dios”.

Jugando con el sentido originario del vocablo “vocación” podemos contemplar distintas dimensiones de la esperanza de Jesús, el Mesías crucificado y resucitado.

Vocación

El seguimiento de Jesús parte del encuentro actual con Cristo vivo. Resucitado de entre los muertos, Cristo llama desde la gloria. Sigue atrayendo y cautivando como Señor de vivos y muertos. Sigue llamando desde el futuro; arrastra hacia sí la peregrinación de la historia humana. La caravana de las generaciones humanas está llamada hacia la plenitud. Existe un punto de atracción final, un punto Omega donde convergen los dinamismos de los corazones humanos. Se nos recuerda en la vigilia pascual: “Cristo ayer y hoy, principio y fin, Alfa y Omega. Suyo es el tiempo y la eternidad”. La noche de la resurrección de Jesús es una “noche dichosa, una noche santa, una noche de gracia”. Es una noche de luz y de gozo incontenible. Como la luz en la oscuridad, así el Cristo resucitado distribuye su luz y no mengua al repartirla. Como el lucero matinal que no conoce ocaso, el Hijo de Dios resucitado ilumina al linaje humano. Lo ilumina y lo rehace. El Resucitado Mesías es la primicia de los resucitados; el primogénito de toda criatura. El vidente de Patmos recibe el encargo: “No temas: Yo soy el primero y el último, yo soy el que vive. Estaba muerto y, ya ves, vivo por los siglos de los siglos, y tengo las llaves de la muerte y del abismo. Escribe pues lo que veas: lo que está sucediendo y lo que ha de suceder más tarde” (Ap 1,17-19).

El grupo de los discípulos que siguieron a Jesús de Galilea a Jerusalén vivieron una experiencia única. Vieron que Cristo estaba vivo. Eso les transformó a ellos. Entendieron que era un acontecimiento clave. Se abre a todos los hombres una vida nueva. Se renueva su vocación.

E-vocación

El Cristo glorificado y exaltado por su resurrección no se ausentó de la historia de la salvación. Su resurrección no inaugura un vacío cristológico. El Cristo encarnado y glorificado está colmado de la vida. Ya no muere más; la muerte ya no tiene dominio sobre él. Dios lo ha llamado de la muerte a la vida; lo ha hecho pasar de la humillación a la gloria. Al resucitarlo de la muerte infamante de la cruz, Dios Padre da la última credibilidad a la vida de Jesús, a sus palabras, a sus actitudes y relaciones. El resucitado es el mismo Jesús encarnado. Es la misma persona. Su historia existencial ha surgido con él de la tumba: tiene las mismas llagas, se revela estando a la mesa con ellos. Dios mismo está de su parte. Le da la razón. Muestra que es su Hijo amado. Y se la quita a los que lo mandan crucificar. Los discursos kerigmáticos de los Hechos de los Apóstoles, que se proclaman abundantemente en este tiempo, están contruidos sobre esta contraposición entre el obrar de los hombres y el obrar de Dios con Jesús: los hombres condenan, Dios justifica; los hombres matan, Dios da la vida, los hombres humillan, Dios enaltece. “El Dios de nuestros padres resucitó a Jesús a quien vosotros disteis muerte colgándolo de un madero” (Hch 5, 30). “Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado” (Hch 2, 36).

La vocación del Resucitado es evocación de Jesús; se constituye como memoria de las llamadas de Jesús a la escuela del discipulado. La experiencia inolvidable de aquella llamada y de aquella convivencia sigue siendo un acicate y una referencia para los testigos de la resurrección. Después de Pascua la ven con otros ojos. La leen en un horizonte mucho más amplio. Se auto-comprenden con una luz nueva e inesperada. Recuerdan sus torpezas. Y uno de los iconos significativos de este tiempo pascual es Tomás. Representa el paso de la incredulidad a la fe, o de una fe recibida a una fe personalizada. Como icono del discípulo es memoria de que la fe no está del todo poseída, El discípulo vive una lucha interna entre la fe y la incredulidad; se trata de una tensión permanente.

Desde las Cristofanías pascuales descubren los discípulos una hondura insospechada en los simples gestos y palabras de Jesús. Para los testigos de la resurrección de Jesús se convierte en una tarea ineludible el hacer memoria de la historia de Jesús. E-vocar todo lo de Jesús es la manera de atestiguar que está vivo.

Para nosotros celebrar hoy la resurrección de Jesús crucificado es experimentar la alegría de que está resucitado, de que la muerte en él no manda. ¡Resucitó de veras mi amor y mi esperanza! Y esta afirmación de la secuencia de la misa del día de Pascua incluye también la evocación antropológica: la Pascua de Jesús significa resurrección de nuestro amor y de nuestra esperanza.

Pro-vocación

La vocación al seguimiento del Resucitado es provocación; es llamada hacia adelante; a dejar el pasado; a inventar el futuro nuevo. Pedro confiesa ante el Jesús pre-pascual: “nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido”. Ha roto con el pasado y se ha convertido al futuro. Pedro es llamado a mirar hacia el porvenir, hacia la renovación que trae el reino de Dios...hacia la gloria del Hijo del Hombre. Tras los encuentros con el Resucitado, Pedro se siente apasionado por la misión de proclamar lo que ha vivido con Jesucristo. Es capaz de anunciar provocativamente en Jerusalén la llamada a la conversión. Junto con Juan tiene el coraje de enfrentarse a las autoridades de Jerusalén. Ejercita la libertad que le da el saber que hay que obedecer a Dios antes que a los hombres. El Señor de sus vidas es aquel que hace nuevas todas las cosas. El que ha de venir. Coloca nuestras vidas en tiempo de espera de su venida gloriosa...

Como Pedro y Juan somos llamados a proseguir la misión mesiánica de Jesús. Participamos en su misterio y en su misión: la causa del reino de Dios, como reunión de la gran familia de los hijos y de los hermanos sigue siendo una incómoda pro-vocación para un estilo de vida acomodado, que ha renunciado a proseguir el camino de la utopía de Dios, que ha dejado de creer que otro mundo es posible; en la letra minúscula de la vida personal y en la mayúscula de la historia colectiva.

Con-vocación

Jesucristo resucita como Nuevo Adán. Es una persona representativa. El resucitado Jesucristo es el universal concreto. Nos lleva a todos en sí mismo; nos lleva consigo en el tránsito de la muerte a la vida. Por eso la vocación es convocación. Es vocación de comunión y de fraternidad. Hace surgir desde la dispersión, reúne a los hijos dispersos. Los reconcilia. Los reconoce en su propia e indescriptible dignidad. Bajo el influjo del Espíritu del Resucitado los seguidores se convierten en testigos. Su fe más o menos implícita en el Mesías durante la etapa prepascual se explicita, se completa y se transforma en confesión y testimonio. “Rechazasteis al santo, al justo y pedisteis el indulto de un asesino; matasteis al autor de la vida, pero Dios lo resucitó de entre los muertos, y nosotros somos testigos” (Hch 3, 14-15). Ellos se sienten convocados por el Resucitado para hacerse cargo de continuar la misión mesiánica de Jesús. Lo que han visto y oído les quema en el alma, no pueden callarlo; lo proclaman a los cuatro vientos. Y por los caminos históricos de la misión evangelizadora el Espíritu va reuniendo la comunidad de los creyentes en el Resucitado. La comunión de la fe y de los caminos va configurando la comunión de la vida fraterna: un solo corazón y una sola alma.

Re-vocación

Los dos discípulos que van de Jerusalén a Emaús constituyen también un icono de este tiempo pascual. Su historia es una iniciación a la fe en la nueva presencia del resucitado. Es una historia de transformación: pasar de la decepción a la comunión y la misión. Ellos viven el desencanto. Tienen que romper con sus esperas interesadas. Re-vocar las falsas esperanzas les resulta costoso; están apunto de abandonar su vocación de discípulos y volverse a su casa. Tienen en la mente una visión del Mesías

totalmente equivocada. Caminan viendo sin ver. Tienen los ojos embotados. Como historia de iniciación en la fe pascual descubren progresivamente la presencia nueva de Jesús en el caminar, en el dialogar y escuchar, en la escucha de la Escritura, en el comer juntos. Todo ello les hace volver a la comunidad y descubrir la misión.

Y es que vocación al seguimiento de Jesús Resucitado incluye la revocación de vinculaciones anteriores; hay que revocar los proyectos privados anteriores; hay que dejar la parcialidad; se trata de una vocación de totalidad y radicalidad. Para ello hay que nacer de nuevo. Como Nicodemo. Nacer del Espíritu de Jesús resucitado implica un nuevo comienzo.

In-vocación

La resurrección de Jesús no es vuelta a esta vida mortal; es entrada en la gloria de Dios. La resurrección de Jesús es un nuevo nacimiento a la vida trinitaria de Dios. El resucitado está sentado a la derecha del Padre. Intercede por la humanidad. Ha llegado a la plenitud y ha plenificado nuestra humanidad. Él es la humanidad más nuestra. Hacia Él gravita nuestra vida personal y la historia entera: es nuestra identidad más nuestra.

En adelante la vida humana queda orientada hacia la aurora. Vivimos a la espera de la Parusía como el encuentro definido del resucitado con el mundo. Vivimos con la esperanza del beso de la paz y la justicia. La esperada resurrección hace posible la justicia para todos y la libertad de todas las esclavitudes, incluso de la muerte. El Mesías resucitado y glorificado atrae a todos hacia sí. Nos hace vivir invocando: ¡Ven Señor Jesús!

No sólo la invocación escatológica es un elemento de la vida cristiana también lo es la existencial. La invocación es elemento de toda vocación cristiana. Surge del vocativo de la llamada: «Tú, ven y sígueme». Se trata de una llamada personal por parte del que es llamado. El Señor pronuncia tu nombre, te llama por tu nombre; como a María Magdalena. Es así como se hace presente en la llamada. Y se da a reconocer. Su forma de pronunciar el nombre se hace inconfundible: “Jesús le dice: ¡María! Ella se vuelve y le dice ¡Raboni!, que significa Maestro” (Jn 20, 16). María reconoce que el Resucitado es el mismo Jesús; no es un fantasma, no es un espíritu; es el mismo Jesús a quien ella había conocido y querido y seguido hasta Jerusalén. Resulta significativo que muchos relatos de Cristofanías tienen estructura de relato vocacional. Se centran en la dificultad del reconocimiento: es el mismo Jesús, pero no es lo mismo. Sigue haciendo los mismos gestos pero de otra manera. Sigue comunicando paz, confianza, alegría desbordante.

En la acogida del que les sale al encuentro, surgen los sentimientos de asombro: se ha fijado en mí; cuenta conmigo, me invita a participar en su obra. Se despierta al mismo tiempo la conciencia de la propia fragilidad y pobreza. En el itinerario del seguimiento se ratifica y confirma la experiencia de la propia fragilidad. Desde ella se hace más real y profunda la in-vocación al Señor que llama. La experiencia de la torpeza, de la propia lentitud en el camino del discipulado convierte la invocación en un ejercicio cotidiano, repetido; desde el fondo del alma de pobre surge el grito de la oración, de la confianza y de la fe... No en vano “la pobreza bíblica es esperanza teológica. La pobreza- la esperanza- es un crédito infinito abierto a Dios”⁸.

Por todo ello, celebrar y meditar la resurrección de Jesús implica despertar las más hondas vibraciones de nuestro corazón: el deseo de vivir, de vivir para siempre, de amar y ser amados. Contemplar al Resucitado es sentir ganas de resucitar con Él. Radicaliza la convicción de que “la vida no termina, se transforma”. Nos ama lo suficiente como para hacernos resucitar. Cristo ha resucitado. Yo quiero resucitar.

⁸ Severino María Alonso, *Identidad de la vida consagrada*, Madrid 1998. p. 378.

La solana

Dios se ha acordado -Zacarías-

Ángel Aparicio Rodríguez, cmf

La importancia del recuerdo

¡Ay, esta memoria...!, decimos en son de lamento cuando nuestros recuerdos se difuminan. Hurgamos una y otra vez con tal de rescatar un retazo de nuestro pasado. Si perdemos nuestro pasado, ¿qué nos queda? Poco, muy poco: tan sólo un presente fugaz y un futuro siempre incierto. Es la tragedia del anciano: sin pasado, ya olvidado, con un presente exiguo y un futuro por necesidad limitado. ¿Y si Dios se olvidara; si llegara a olvidarse...? Si se diera este caso, tenemos la impresión de hundirnos en la nada. Surge espontánea la petición: «¡Acuérdate de mí, Señor, por amor a tu pueblo» (Sal 105,4). Es el recuerdo al que apela el ladrón crucificado junto con Jesús: «Acuérdate de mí cuando entres en tu reino» (Lc 23,42). El recuerdo que le asegura enfáticamente Jesús redime a este delincuente de todos sus delitos, y le asegura un hoy eterno: «Te lo seguro: Hoy estarás en el paraíso» (23,43). El jardín en el que fue formado el ser humano se convierte en el lugar de la eterna bienaventuranza. Así de eficaz y de creadora es la memoria de Dios o su recuerdo.

Suplicar que Dios se acuerde es frecuente en la Biblia. He aquí un muestreo incompleto espigado en el libro de los Salmos. Se le pide que recuerde la comunidad adquirida antaño (Sal 74,2); que recuerde que los hijos de su pueblo son tan sólo carne (Sal 78,39), incapaces de acordarse de la mano divina (Sal 78,42); que recuerde igualmente lo dura que es la vida de su pueblo (Sal 89,48). No ha de acordarse, sin embargo, de «las culpas de los antepasados» (79,8). Ha de recordar los ultrajes del enemigo, dirigidos en definitiva contra Dios (74,18.22) y contra sus siervos (89,51), etc. Podría aducir otros muchos textos, pero estimo que es innecesario. Que Dios se acuerde de mí. Que, aunque me olviden todos, Dios no se olvide de mí. Es el gran secreto y el supremo valor de la vida humana en todo

momento, sobre todo cuando en determinadas etapas de la vida corremos el riesgo de ser olvidados. Así acontece frecuentemente en la edad senil.

Pero, ¿quién soy yo para que Dios se acuerde de mí?, se pregunta atónitamente el autor del Salmo 8: «¿Qué es el hombre para que te acuerdes de él, / el ser humano para que te ocupes de él» (v. 5). Este verso, tan denso, presenta al humano en toda su fragilidad. Su nombre propio es «Mortal» y su apellido «Hijo de la tierra». Sin embargo, el Señor «se acuerda» de este ser insignificante que es mortal; más aún, «se cuida de él». El ser humano es valioso por ser un recuerdo divino; un recuerdo cuidado, incluso mimado, con solicitud. Lo cuida con una solicitud similar a la que una madre tiene con su hijo. Esa es la gran dignidad del hombre, del ser humano. Dios lleva grabado mi nombre en sus manos, o en su corazón, incluso cuando todos van olvidándose de mí. ¿No es éste un gran consuelo al asomarnos a la vejez?

Cuelgo hoy entre los cuadros de nuestra galería, el retrato de un anciano que es justo, que caminaba sin tacha en todos los mandamientos y preceptos del Señor (Lc 1,6). Tiene todos los requisitos y suma los méritos suficientes para que Dios se acuerde de él. Pero una tacha afea su rostro. No reposa sobre él la bendición de Dios que son los hijos. En cuanto pasen unos años, quién sabe si unos días, su nombre se borrará de la memoria colectiva y se perderá su apellido, olvidado por todos. En efecto, el hombre al que me refiero «no tenía hijos». Por añadidura, su mujer, Isabel, «era estéril y los dos de una edad avanzada» (Lc 1,7). El hombre al que vengo refiriéndome se llama Zacarías, que significa: «Dios se ha acordado». ¿Cómo se ha acordado Dios de Zacarías? ¿Qué repercusiones tiene en Zacarías el recuerdo divino?

Dios se ha acordado de Zacarías

Sucedió en el templo, como acontece en la vocación de Isaías. A Zacarías le separa del «Santo de los santos», lugar de la presencia de Dios, tan sólo el grosor de una cortina. De suyo los sacerdotes encargados de quemar el incienso matutino o vespertino eran muchos, pero Lucas presenta a Zacarías sólo. Está solo ante el «Santo de los santos» con sus soledades y sus carencias; solo con su imposible paternidad. Estaba en éstas Zacarías, cuando se le apareció el ángel del Señor «a la derecha del altar del incienso» (v. 11), que es el lado apropiado para conceder favores. La reacción del hombre ante lo divino son los temores y el sobresalto: todo y todos se estremecen ante la presencia de Dios. Esos temores se apoderan de Zacarías.

El ángel del Señor le invita a que deponga todo temor, y añade una motivación capaz de ahuyentar todo miedo: «Tu petición ha sido escuchada». La oración de Zacarías está en la presencia del Señor, como lo está la nube del incienso. Si interrumpimos aquí la lectura evangélica, podemos pensar que el sacerdote ha orado por el pueblo, ha implorado la bendición divina sobre el pueblo, y que Dios ha acogido la súplica y se dispone a bendecir al pueblo. No debemos olvidar que la bendición por excelencia que otorga el Señor son los hijos, salario del vientre. Zacarías carece de hijos y de posibilidad de tenerlos: él es viejo y su mujer es estéril y de edad avanzada. ¡Enorme contraste: el pueblo es bendecido, mientras que Zacarías continúa incurso en la maldición!

Si seguimos leyendo el texto, deducimos que el sacerdote ha pedido la bendición del pueblo y también la bendición para sí mismo. Continúa el texto: «Isabel, tu mujer, te dará un hijo, a quien pondrás por nombre Juan» (v. 13). Al fin Dios ha escuchado el clamor de la vieja carne de Zacarías; el grito del seno estéril de Isabel. Prueba de ello es el nombre que ha de llevar el niño: se llamará «Juan»; es decir, Dios se ha inclinado desde el cielo, ha visto el oprobio de este anciano matrimonio y ha decidido mostrarles su favor («Dios es favorable», significa Juan). Son las mismas acciones realizadas en otros tiempos por el Señor, cuando Israel sufría el cautiverio egipcio. Si el anuncio del ángel se convierte en realidad, ¡qué grande será el gozo de Zacarías, de Isabel y de otros muchos! La presencia del niño será un recordatorio vivo del recuerdo divino. ¿Será posible una alegría tan desmedida?

El ángel describe con cierta minuciosidad la peculiaridad del niño que ha de nacer. Participará de la grandeza y de la santidad divina. Estará consagrado a Dios desde el principio. Hablará y actuará con la

autoridad de un profeta (lleno de Espíritu Santo). Su palabra profética motivará la conversión de muchos en Israel. Actuará como Elías, incluso él mismo será el Elías, esperado para la etapa final de la historia. La reconciliación de las generaciones entre sí (la generación de los padres con los hijos: los padres han de preocuparse del bienestar de los hijos) y el retorno del desobediente a la obediencia tendrán una consecuencia: preparar al pueblo para la venida de Dios. En una palabra, Juan será el precursor del que ha de venir. ¡Egregia misión para el hijo de unos ancianos! De esta forma precisa, Juan será causa de alegría para sus padres. Se decía de los hijos de la juventud que son saetas de un guerrero. Aunque Juan sea un hijo de la vejez, su palabra será más tajante que espada de doble filo.

¿De verdad Dios se ha acordado de mí? ¿Ha reparado en mi aflicción y se ha inclinado hacia mí?, piensa Zacarías. Presenta sus dudas al ángel con las mismas palabras a las que recurrió el anciano Abrahán en tiempos antiguos. Dios promete al Patriarca el don de la tierra. «Mi Señor, ¿en qué conoceré que ha de ser mía?», preguntó el padre del pueblo (Gn 15,8). Pese a que Abrahán no tiene descendencia, porque su mujer Saray no le daba hijos (Gn 16,1), Dios se compromete, bajo juramento, a cumplir la palabra empeñada. «¿En qué lo conoceré?», pregunta ahora Zacarías al ángel, y añade: «Porque yo soy viejo y mi mujer de avanzada edad». (Lc 1,18). Lo cierto es que la promesa de Dios se cumplió. Isabel, ya embarazada, dijo para sí una y otra vez: «Esto es lo que ha hecho por mí el Señor en los días en que se dignó quitar mi oprobio entre la gente» (1,25). Dios se ha acordado de este matrimonio anciano, como proclama el nombre del varón: Zacarías.

Bendito sea el Señor

Antes del nacimiento de Juan, tan sólo un grupo muy restringido sabía que Dios se había dignado quitar el oprobio de Isabel. Lo sabrán algunos más cuando nazca el niño. Sabrán que Dios se ha acordado de Isabel y de Zacarías, que Dios ha intervenido en la humillación u oprobio de Isabel, que ha mostrado una gran misericordia con este anciano matrimonio y con todo el pueblo de Israel. La alegría, en consecuencia, se ampliará más y más. El ángel había anunciado a Zacarías que el niño sería el gozo y la alegría de sus padres y que otros «muchos» se gozarán en su nacimiento» (v. 14). Nacido el niño, «los vecinos y parientes de Isabel se congratularon con ella» (v. 58). El nacimiento de este niño es la prueba tangible de que Dios se ha acordado de su pueblo. La maldición, en la que había incurrido Israel por haber sido infiel a la alianza, es abolida en virtud del recuerdo divino.

Leemos en el Levítico: «Yo de acordaré con mi alianza con Jacob y de mi alianza con Isaac; y recordaré mi alianza con Abrahán; y me acordaré de la tierra» (Lv 26,42). El nacimiento de Juan rarifica el recuerdo divino: Dios se ha acordado de su pueblo y ha comenzado a mostrarle su favor. Todo queda dicho al ritmo de los nombres, con su significado correspondiente. Zacarías se llama el padre; es decir: «El-Señor-se-ha-acordado». Isabel es el nombre de la madre; es decir: «Dios-es-plenitud». Juan ha de llamarse el hijo; es decir: «El-Señor-es-favorable» o «ha-concedido-favor».

Todos los hijos del pueblo de Dios han de llevar en su carne un signo del recuerdo divino: la circuncisión. Que cada hijo de este pueblo, al ver su carne, sepa que Dios ni le ha olvidado ni puede olvidarle. La circuncisión será «la señal de la alianza» entre Dios y su pueblo (cf. Gn 17,11). Todo varón, niño o anciano, ha de aprender a leer el libro de su propio cuerpo. Basta con que se mire a sí mismo, para comprender que Dios se acuerda constantemente de él. A ningún circunciso le está permitido incurrir en el desaliento. Dios, que es plenitud, se acuerda siempre de él, y siempre está dispuesto a mostrarle su favor. El hijo de la vejez ha de llamarse Juan necesariamente, aunque ningún familiar suyo haya sido portador de este nombre. Todos deben reconocer que Dios ha comenzado a conceder su favor.

La admiración sobrecoge a los presentes. Son testigos de que, en la circuncisión y en la persona de Juan, Dios está presente. Su pregunta es inevitable: «¿Qué será este niño?». «En efecto, la mano de Dios estaba con él» (v. 67), anota el narrador.

Sabe Zacarías que la mano de Dios estaba con el niño. Lo sabe aun antes de ser concebido. También lo sabe Isabel, cuyo oprobio ha sido quitado por el Señor. Este niño, lleno de Espíritu Santo antes de

nacer, será profeta del Altísimo; será el mayor de los profetas, el más grande de los hombres nacidos de mujer, porque este niño será el precursor del Señor. Zacarías, que es consciente de la presencia de Dios en el niño que ha nacido, quedó lleno de Espíritu Santo y habló en nombre de Dios: «Bendito sea el Señor, Dios de Israel, porque ha visitado y redimido a su pueblo». La bendición divina que es el hijo, remite a Aquel del que procede toda bendición. El recuerdo de Dios es, en última instancia una bendición. Zacarías es un buen ejemplo para quienes adolecen o adolecemos de una flaca memoria. Dios se acuerda de nosotros. Nos recuerda con sumo mimo y cuidado. Esa es nuestra más profunda dignidad.

El anaquel

Habemus Papam: Franciscum
-Luz en intervenciones e imágenes-



13 de marzo de 2013

*Annuntio vobis gaudium magnum;
habemus Papam:*

*Eminentissimum ac Reverendissimum Dominum,
Dominum Georgium Marium
Sanctae Romanae Ecclesiam Cardinalem Bergoglio
qui sibi nomen imposuit Franciscum*

Biografía

El cardenal Jorge Mario Bergoglio, S.I., arzobispo de Buenos Aires (Argentina), Ordinario para la Fe de Rito Oriental de los residentes en Argentina y desprovisto de Ordinario del mismo rito, nació en Buenos Aires el 17 de diciembre de 1936. Estudió y se diplomó como Técnico Químico, para después escoger el camino del sacerdocio y entrar en el seminario de Villa Devoto.

El 11 de marzo de 1958 ha ingresado en el noviciado de la Compañía de Jesús, ha realizado estudios humanísticos en Chile, y en 1963, de regreso a Buenos Aires, se ha licenciado en Filosofía

en la Facultad de Filosofía del Colegio «San José» de San Miguel.

De 1964 a 1965 fue profesor de Literatura y Psicología en el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, y en 1966 enseñó la misma materia en el colegio de El Salvador de Buenos Aires.

De 1967 a 1970 estudió Teología en la Facultad de Teología del Colegio «San José», en San Miguel, donde se licenció.

El 13 de diciembre de 1969 fue ordenado sacerdote.

En el curso 1970-71, superó la tercera probación en Alcalá de Henares (España) y el 22 de abril hizo la profesión perpetua.

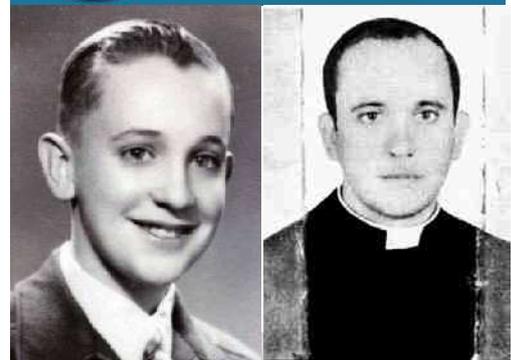
Fue maestro de novicios en Villa Barilari, en San Miguel (1972-1973), profesor de la Facultad de Teología, Consultor de la Provincia y Rector del Colegio Massimo. El 31 de julio de 1973 fue elegido Provincial de Argentina, cargo que ejerció durante seis años.

Entre 1980 y 1986, fue rector del Colegio Massimo y de la Facultad de Filosofía y Teología de la misma casa y párroco de la parroquia del Patriarca San José, en la diócesis de San Miguel.

En marzo de 1986, se trasladó a Alemania para concluir su tesis doctoral, y sus superiores lo destinaron al colegio de El Salvador, y después a la iglesia de la Compañía de Jesús, en la ciudad de Córdoba, como director espiritual y confesor.

El 20 de mayo de 1992, Juan Pablo II lo nombró obispo titular de Auca y auxiliar de Buenos Aires. El 27 de junio del mismo año recibió en la catedral de Buenos Aires la ordenación episcopal de manos del cardenal Antonio Quarracino, del Nuncio Apostólico Monseñor Ubaldo Calabresi y del obispo de Mercedes-Luján, monseñor Emilio Ogñénovich.

El 13 de junio de 1997 fue nombrado arzobispo coauditor de Buenos Aires, y el 28 de febrero de 1998, arzobispo de Buenos Aires por sucesión, a la muerte del cardenal Quarracino.



El escudo del Papa Francisco



En los rasgos, esenciales, el Papa Francisco ha decidido conservar su escudo anterior, elegido desde su consagración episcopal y caracterizado por una sencillez lineal.

Sobre el escudo, azul, se hallan los símbolos de la dignidad pontificia, iguales a los que deseó el predecesor, Benedicto XVI (mitra entre llaves de oro y plata, entrelazadas por un cordón rojo). En lo alto se refleja el emblema de la orden de procedencia del Papa, la Compañía de Jesús: un sol radiante y llameante con las letras, en rojo, IHS, monograma de Cristo. Encima de la letra H se halla una cruz; en la punta, los tres clavos en negro.

En la parte inferior se contempla la estrella y la flor de nardo. La estrella, según la antigua tradición heráldica, simboliza a la Virgen María, Madre de Cristo y de la Iglesia; la flor de nardo indica a san José, patrono de la Iglesia universal. En la tradición iconográfica hispánica, en efecto, san José se representa con un ramo de nardo en la mano. Al incluir en su escudo estas imágenes el Papa desea expresar su especial devoción hacia la Virgen Santísima y san José.

El lema del Santo Padre Francisco procede de las Homilías de San Beda el Venerable, sacerdote (Hom. 21; CCL 122, 149-151), quien, comentando el episodio evangélico de la vocación de San Mateo, escribe: "Vidit ergo Iesus publicanum et quia miserando atque eligendo vidit, ait illi Sequere me (Vió Jesús a un publicano, y como le miró con sentimiento de amor y le eligió, le dijo: Sígueme)".

Esta homilía es un homenaje a la misericordia divina y se reproduce en la Liturgia de las Horas de la fiesta de San Mateo. Reviste un significado particular en la vida y en el itinerario espiritual del Papa. En efecto, en la fiesta de San Mateo del año 1953, el joven Jorge Bergoglio experimentó, a la edad de 17 años, de un modo del todo particular, la presencia amorosa de Dios en su vida. Después de una confesión, sintió su corazón tocado y advirtió la llegada de la misericordia de Dios, que con mirada de tierno amor le llamaba a la vida religiosa, a ejemplo de san Ignacio de Loyola.

Una vez elegido obispo, monseñor Bergoglio, en recuerdo de tal acontecimiento, que marcó los inicios de su total consagración a Dios en Su Iglesia, decidió elegir, como lema y programa de vida, la expresión de San Beda *miserando atque eligendo*, que también ha querido reproducir en su escudo pontificio.

Bendición **Urbi et Orbi**:

Hermanos y hermanas, buenas tardes.

Sabéis que el deber del cónclave era dar un Obispo a Roma. Parece que mis hermanos Cardenales han ido a buscarlo casi al fin del mundo..., pero aquí estamos. Os agradezco la acogida. La comunidad diocesana de Roma tiene a su Obispo. Gracias. Y ante todo, quisiera rezar por nuestro Obispo emérito, Benedicto XVI. Oremos todos juntos por él, para que el Señor lo bendiga y la Virgen lo proteja.

(Padre nuestro. Ave María. Gloria al Padre)

Y ahora, comenzamos este camino: Obispo y pueblo. Este camino de la Iglesia de Roma, que es la que preside en la caridad a todas las Iglesias. Un camino de fraternidad, de amor, de confianza entre nosotros. Recemos siempre por nosotros: el uno por el otro. Recemos por todo el mundo, para que haya una gran fraternidad. Deseo que este camino de Iglesia, que hoy comenzamos y en el cual me ayudará mi Cardenal Vicario, aquí presente, sea fructífero para la evangelización de esta ciudad tan hermosa. Y ahora quisiera dar la Bendición, pero antes, antes, os pido un favor: antes que el Obispo bendiga al pueblo, os pido que vosotros recéis para el que Señor me bendiga: la oración del pueblo, pidiendo la Bendición para su Obispo. Hagamos en silencio esta oración de vosotros por mí....

Ahora daré la Bendición a vosotros y a todo el mundo, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad.

(Bendición)

Hermanos y hermanas, os dejo. Muchas gracias por vuestra acogida. Rezad por mí y hasta pronto. Nos veremos pronto. Mañana quisiera ir a rezar a la Virgen, para que proteja a toda Roma. Buenas noches y que descanséis.



Santa misa con los Cardenales - Homilía

(Capilla Sixtina - Jueves 14 de marzo de 2013)



En estas tres lecturas veo que hay algo en común: es el movimiento. En la primera lectura, el movimiento en el camino; en la segunda lectura, el movimiento en la edificación de la Iglesia; en la tercera, en el Evangelio, el movimiento en la confesión. Caminar, edificar, confesar.

Caminar. «Casa de Jacob, venid; caminemos a la luz del Señor» (Is 2,5). Ésta es la primera cosa que Dios ha dicho a Abrahán: Camina en mi presencia y sé irreprochable. Caminar:

nuestra vida es un camino y cuando nos paramos, algo no funciona. Caminar siempre, en presencia del Señor, a la luz del Señor, intentando vivir con aquella honradez que Dios pedía a Abrahán, en su promesa.

Edificar. Edificar la Iglesia. Se habla de piedras: las piedras son consistentes; pero piedras vivas, piedras unguadas por el Espíritu Santo. Edificar la Iglesia, la Esposa de Cristo, sobre la piedra angular que es el mismo Señor. He aquí otro movimiento de nuestra vida: edificar.

Tercero, confesar. Podemos caminar cuanto queramos, podemos edificar muchas cosas, pero si no confesamos a Jesucristo, algo no funciona. Acabaremos siendo una ONG asistencial, pero no la Iglesia, Esposa del Señor. Cuando no se camina, se está parado. ¿Qué ocurre cuando no se edifica sobre piedras? Sucede lo que ocurre a los niños en la playa cuando construyen castillos de arena. Todo se viene abajo. No es consistente. Cuando no se confiesa a Jesucristo, me viene a la memoria la frase de Léon Bloy: «Quien no reza al Señor, reza al diablo». Cuando no se confiesa a Jesucristo, se confiesa la mundanidad del diablo, la mundanidad del demonio.

Caminar, edificar, construir, confesar. Pero la cosa no es tan fácil, porque en el caminar, en el construir, en el confesar, a veces hay temblores, existen movimientos que no son precisamente movimientos del camino: son movimientos que nos hacen retroceder.

Este Evangelio prosigue con una situación especial. El mismo Pedro que ha confesado a Jesucristo, le dice: Tú eres el Mesías, el Hijo de Dios vivo. Te sigo, pero no hablemos de cruz. Esto no tiene nada que ver. Te sigo de otra manera, sin la cruz. Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor.

Quisiera que todos, después de estos días de gracia, tengamos el valor, precisamente el valor, de caminar en presencia del Señor, con la cruz del Señor; de edificar la Iglesia sobre la sangre del Señor, derramada en la cruz; y de confesar la única gloria: Cristo crucificado. Y así la Iglesia avanzará.

Deseo que el Espíritu Santo, por la plegaria de la Virgen, nuestra Madre, nos conceda a todos nosotros esta gracia: caminar, edificar, confesar a Jesucristo crucificado. Que así sea.

Audiencia a todos los Cardenales - **Discurso** (Sala Clementina - Viernes 15 de marzo de 2013)

Hermanos Cardenales,

Este periodo dedicado al Cónclave ha estado cargado de significado, no sólo para el Colegio Cardenalicio, sino también para todos los fieles. En estos días hemos sentido casi de manera tangible el afecto y la solidaridad de la Iglesia universal, así como la atención de tantas personas que, aun sin compartir nuestra fe, miran con respeto y admiración a la Iglesia y a la Santa Sede. Desde todos los rincones de la tierra se ha elevado la oración ferviente y unisona del pueblo cristiano por el nuevo Papa; y también ha sido muy emotivo mi primer encuentro con la multitud apiñada en la Plaza de San Pedro. Con la sugestiva imagen del pueblo alegre y en oración todavía grabada en mi mente, quiero expresar mi más sincero agradecimiento a los obispos, sacerdotes y personas consagradas, a los jóvenes, las familias y los ancianos por su cercanía espiritual, tan efusiva y conmovedora.



Siento la necesidad de expresar a todos mi más viva y profunda gratitud, venerados y queridos hermanos Cardenales, por la solícita colaboración en la guía de la Iglesia durante la Sede Vacante. Dirijo un cordial saludo a cada uno, empezando por el Decano del Colegio Cardenalicio, el Señor Cardenal Angelo Sodano, a quien agradezco las expresiones de devoción y felicitación que me ha dirigido en nombre de todos. Y, junto a él, agradezco al Señor Cardenal Tarcisio Bertone, Camarlengo de la Santa Iglesia Romana, su trabajo diligente en esta delicada fase de transición; y también al querido Cardenal Giovanni Battista Re, que nos ha hecho de jefe en el Cónclave. Y pienso con particular afecto en los venerados Cardenales que, por razones de edad o enfermedad, han asegurado su participación y su amor a la Iglesia a través del ofrecimiento de las dolencias y la oración. Y quisiera decirles que el Cardenal Mejía ha sufrido anteaayer un infarto cardiaco: está hospitalizado en la clínica Pío XI. Pero se cree que su salud es estable, y nos ha enviado sus saludos.

No puede faltar mi agradecimiento a quienes, en sus respectivos cometidos, han trabajado activamente en la preparación y desarrollo del Cónclave, favoreciendo la seguridad y tranquilidad de los Cardenales en estos momentos tan importantes de la vida de la Iglesia.

Y pienso con gran afecto y profunda gratitud en mi venerado Predecesor, el Papa Benedicto XVI, que durante estos años de pontificado ha enriquecido y fortalecido a la Iglesia con su magisterio, su bondad, su dirección, su fe, su humildad y su mansedumbre. Seguirán siendo un patrimonio espiritual para todos. El ministerio petrino, vivido con total dedicación, ha tenido en él un intérprete sabio y humilde, con los ojos siempre fijos en Cristo, Cristo resucitado, presente y vivo en la Eucaristía. Le acompañarán siempre nuestras fervientes plegarias, nuestro recuerdo incesante, nuestro imperecedero y afectuoso reconocimiento. Sentimos que Benedicto XVI ha encendido una llama en el fondo de nuestros corazones: ella continuará ardiendo, porque estará alimentada por su oración, que sustentará todavía a la Iglesia en su camino espiritual y misionero.

Queridos hermanos Cardenales, este encuentro nuestro quiere ser casi una prolongación de la intensa comunión eclesial experimentada en estos días. Animados por un profundo sentido de

responsabilidad, y apoyados por un gran amor por Cristo y por la Iglesia, hemos rezado juntos, compartiendo fraternalmente nuestros sentimientos, nuestras experiencias y reflexiones. Así, en este clima de gran cordialidad, ha crecido el conocimiento recíproco y la mutua apertura; y esto es bueno, porque somos hermanos. Alguno me decía: los Cardenales son los presbíteros del Santo Padre. Esta comunidad, esta amistad y esta cercanía nos harán bien a todos. Y este conocimiento y esta apertura nos han facilitado la docilidad a la acción del Espíritu Santo. Él, el Paráclito, es el protagonista supremo de toda iniciativa y manifestación de fe. Es curioso. A mí me hace pensar esto: el Paráclito crea todas las diferencias en la Iglesia, y parece que fuera un apóstol de Babel. Pero, por otro lado, es quien mantiene la unidad de estas diferencias, no en la «igualdad», sino en la armonía. Recuerdo aquel Padre de la Iglesia que lo definía así: «*Ipse harmonia est*». El Paráclito, que da a cada uno carismas diferentes, nos une en esta comunidad de Iglesia, que adora al Padre, al Hijo y a él, el Espíritu Santo.

A partir precisamente del auténtico afecto colegial que une el Colegio Cardenalicio, expreso mi voluntad de servir al Evangelio con renovado amor, ayudando a la Iglesia a ser cada vez más, en Cristo y con Cristo, la vid fecunda del Señor. Impulsados también por la celebración del *Año de la fe*, todos juntos, pastores y fieles, nos esforzaremos por responder fielmente a la misión de siempre: llevar a Jesucristo al hombre, y conducir al hombre al encuentro con Jesucristo, Camino, Verdad y Vida, realmente presente en la Iglesia y contemporáneo en cada hombre. Este encuentro lleva a convertirse en hombres nuevos en el misterio de la gracia, suscitando en el alma esa alegría cristiana que es aquel céntuplo que Cristo da a quienes le acogen en su vida.

Como nos ha recordado tantas veces el Papa Benedicto XVI en sus enseñanzas, y al final con ese gesto valeroso y humilde, es Cristo quien guía a la Iglesia por medio de su Espíritu. El Espíritu Santo es el alma de la Iglesia, con su fuerza vivificadora y unificadora: de muchos, hace un solo cuerpo, el Cuerpo místico de Cristo. Nunca nos dejemos vencer por el pesimismo, por esa amargura que el diablo nos ofrece cada día; no caigamos en el pesimismo y el desánimo: tengamos la firme convicción de que, con su aliento poderoso, el Espíritu Santo da a la Iglesia el valor de perseverar y también de buscar nuevos métodos de evangelización, para llevar el Evangelio hasta los extremos confines de la tierra (cf. *Hch* 1,8). La verdad cristiana es atrayente y persuasiva porque responde a la necesidad profunda de la existencia humana, al anunciar de manera convincente que Cristo es el único Salvador de todo el hombre y de todos los hombres. Este anuncio sigue siendo válido hoy, como lo fue en los comienzos del cristianismo, cuando se produjo la primera gran expansión misionera del Evangelio.

Queridos Hermanos: ¡Ánimo! La mitad de nosotros tenemos una edad avanzada: la vejez es – me gusta decirlo así – la sede de la sabiduría de la vida. Los viejos tienen la sabiduría de haber caminado en la vida, como el anciano Simeón, la anciana Ana en el Templo. Y justamente esta sabiduría les ha hecho reconocer a Jesús. Ofrezcamos esta sabiduría a los jóvenes: como el vino bueno, que mejora con los años, ofrezcamos esta sabiduría de la vida. Me viene a la mente aquello que decía un poeta alemán sobre la vejez: «*Es ist ruhig, das Alter, und fromm*»; es el tiempo de la tranquilidad y de la plegaria. Y también de brindar esta sabiduría a los jóvenes. Ahora volveréis a las respectivas sedes para continuar vuestro ministerio, enriquecidos por la experiencia de estos días, tan llenos de fe y de comunión eclesial. Esta experiencia única e incomparable nos ha permitido comprender en profundidad la belleza de la realidad eclesial, que es un reflejo del fulgor de Cristo resucitado. Un día contemplemos ese rostro bellissimo de Cristo resucitado.

A la poderosa intercesión de María, nuestra Madre, Madre de la Iglesia, encomiendo mi ministerio y el vuestro. Que cada uno de vosotros, bajo su amparo maternal, camine alegre y con docilidad a la voz de su divino Hijo, fortaleciendo la unidad, perseverando concordemente en la oración y dando testimonio de la fe genuina en la continua presencia del Señor. Con estos sentimientos –que son auténticos–, con estos sentimientos, os imparto de corazón la Bendición Apostólica, que hago extensiva a vuestros colaboradores y cuantos están confiados a vuestro cuidado pastoral.

Encuentro con los periodistas - **Discurso**

(Sala Pablo VI - Sábado 16 de marzo de 2013)

Queridos amigos

Al comienzo de mi ministerio en la Sede de Pedro, me alegra encontrarme con vosotros, que habéis trabajado aquí en Roma en este momento tan intenso, que comenzó con el anuncio sorprendente de mi venerado predecesor, Benedicto XVI, el pasado 11 de febrero. Os saludo cordialmente a todos vosotros.

El papel de los medios de comunicación ha ido creciendo cada vez más en los últimos tiempos, hasta el punto de que se ha hecho imprescindible para relatar al mundo los acontecimientos de la historia contemporánea. Expreso, pues, un agradecimiento especial a vosotros por vuestro competente servicio durante los días pasados – habéis trabajado ¡eh!, habéis trabajado – en los que el mundo católico, y no sólo el católico, ha puesto sus ojos en la Ciudad Eterna, y particularmente en este territorio cuyo «centro de gravedad» es la tumba de San Pedro. En estas semanas, habéis tenido ocasión de hablar de la Santa Sede, de la Iglesia, de sus ritos y tradiciones, de su fe y, sobre todo, del papel del Papa y de su ministerio.

Doy gracias de corazón especialmente a quienes han sabido observar y presentar estos acontecimientos de la historia de la Iglesia, teniendo en cuenta la justa perspectiva desde la que han de ser leídos, la de la fe. Los acontecimientos de la historia requieren casi siempre una lectura compleja, que a veces puede incluir también la dimensión de la fe. Los acontecimientos eclesiales no son ciertamente más complejos de los políticos o económicos. Pero tienen una característica de fondo peculiar: responden a una lógica que no es principalmente la de las categorías, por así decirlo, mundanas; y precisamente por eso, no son fáciles de interpretar y comunicar a un público amplio y diversificado. En efecto, aunque es ciertamente una institución también humana, histórica, con todo lo que ello comporta, la Iglesia no es de naturaleza política, sino esencialmente espiritual: es el Pueblo de Dios. El santo Pueblo de Dios que camina hacia el encuentro con Jesucristo. Únicamente desde esta perspectiva se puede dar plenamente razón de lo que hace la Iglesia Católica.

Cristo es el Pastor de la Iglesia, pero su presencia en la historia pasa a través de la libertad de los hombres: uno de ellos es elegido para servir como su Vicario, Sucesor del apóstol Pedro; pero Cristo es el centro, no el Sucesor de Pedro: Cristo. Cristo es el centro. Cristo es la referencia fundamental, el corazón de la Iglesia. Sin él, ni Pedro ni la Iglesia existirían ni tendrían razón de ser. Como ha repetido tantas veces Benedicto XVI, Cristo está presente y guía a su Iglesia. En todo lo acaecido, el protagonista, en última instancia, es el Espíritu Santo. Él ha inspirado la decisión de Benedicto XVI por el bien de la Iglesia. Él ha orientado en la oración y la elección a los cardenales.

Es importante, queridos amigos, tener debidamente en cuenta este horizonte interpretativo, esta hermenéutica, para enfocar el corazón de los acontecimientos de estos días.

De aquí nace ante todo un renovado y sincero agradecimiento por los esfuerzos de estos días especialmente fatigosos, pero también una invitación a tratar de conocer cada vez mejor la verdadera naturaleza de la Iglesia, y también su caminar por el mundo, con sus virtudes y sus pecados, y conocer las motivaciones espirituales que la guían, y que son las más auténticas para comprenderla. Tened la seguridad de que la Iglesia, por su parte, dedica una gran atención a vuestro precioso cometido; tenéis la capacidad de recoger y expresar las expectativas y exigencias de nuestro tiempo, de ofrecer los elementos para una lectura de la realidad. Vuestro trabajo requiere estudio, sensibilidad y experiencia, como en tantas otras profesiones, pero implica una atención especial respecto a la verdad, la bondad y



la belleza; y esto nos hace particularmente cercanos, porque la Iglesia existe precisamente para comunicar esto: la Verdad, la Bondad y la Belleza «en persona». Debería quedar muy claro que todos estamos llamados, no a mostrarnos a nosotros mismos, sino a comunicar esta tríada existencial que conforman la verdad, la bondad y la belleza.

Algunos no sabían por qué el Obispo de Roma ha querido llamarse Francisco. Algunos pensaban en Francisco Javier, en Francisco de Sales, también en Francisco de Asís. Les contaré la historia. Durante las elecciones, tenía al lado al arzobispo emérito de San Pablo, y también prefecto emérito de la Congregación para el clero, el cardenal Claudio Hummes: un gran amigo, un gran amigo. Cuando la cosa se ponía un poco peligrosa, él me confortaba. Y cuando los votos subieron a los dos tercios, hubo el acostumbrado aplauso, porque había sido elegido. Y él me abrazó, me besó, y me dijo: «No te olvides de los pobres». Y esta palabra ha entrado aquí: los pobres, los pobres. De inmediato, en relación con los pobres, he pensado en Francisco de Asís. Después he pensado en las guerras, mientras proseguía el escrutinio hasta terminar todos los votos. Y Francisco es el hombre de la paz. Y así, el

nombre ha entrado en mi corazón: Francisco de Asís. Para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación; en este momento, también nosotros mantenemos con la creación una relación no tan buena, ¿no? Es el hombre que nos da este espíritu de paz, el hombre pobre... ¡Ah, cómo quisiera una Iglesia pobre y para los pobres! Después, algunos hicieron diversos chistes: «Pero tú deberías llamarte Adriano, porque Adriano VI fue el reformador, y hace falta reformar...». Y otro me decía: «No, no, tu nombre debería ser Clemente». «Y ¿por qué?». «Clemente XV: así te vengas de Clemente XIV, que suprimió la Compañía de Jesús». Son bromas... Os quiero mucho. Os doy las gracias por todo lo que habéis hecho. Y pienso en vuestro trabajo: os deseo que trabajéis con serenidad y con fruto, y que conozcáis cada vez mejor el Evangelio de Jesucristo y la realidad de la Iglesia. Os encomiendo a la intercesión de la Santísima Virgen María, Estrella de la Evangelización, a la vez que os expreso los mejores deseos para vosotros y vuestras familias, a cada una de vuestras familias, e imparto de corazón a todos mi Bendición.

Santa misa en la parroquia de santa Ana - Homilía

(Ciudad del Vaticano - Domingo de Cuaresma, 17 de marzo de 2013)

Es hermoso esto: Jesús solo en el monte, orando. Oraba solo (cf. *Jn 8,1*). Después, se presentó de nuevo en el Templo, y todo el pueblo acudía a él (cf. v. 2). Jesús en medio del pueblo. Y luego, al final, lo dejaron solo con la mujer (cf. v. 9). ¡Aquella soledad de Jesús! Pero una soledad fecunda: la de la oración con el Padre y esa, tan bella, que es precisamente el mensaje de hoy de la Iglesia, la de su misericordia con aquella mujer.

También hay una diferencia entre el pueblo. Todo el pueblo acudía a él; él se sentó y comenzó a enseñarles: el pueblo que quería escuchar las palabras de Jesús, la gente de corazón abierto, necesitado de la Palabra de Dios. Había otros que no escuchaban nada, incapaces de escuchar; y estaban los que fueron con aquella mujer: «Mira, Maestro, esta es una tal y una cual... Tenemos que hacer lo que Moisés nos mandó hacer con estas mujeres» (cf. vv. 4-5).

Creo que también nosotros somos este pueblo que, por un lado, quiere oír a Jesús pero que, por otro, a veces nos gusta hacer daño a los otros, condenar a los demás. El mensaje de Jesús es éste: La misericordia. Para mí, lo digo con humildad, es el mensaje más fuerte del Señor: la misericordia. Pero él mismo lo ha dicho: «No he venido para los justos»; los justos se justifican por sí solos. ¡Bah!, Señor bendito, si tú puedes hacerlo, yo no. Pero ellos creen que sí pueden hacerlo... Yo he venido para los pecadores (cf. *Mc 2,17*).

Pensad en aquella cháchara después de la vocación de Mateo: «¡Pero este va con los pecadores!» (cf. *Mc 2,16*). Y él ha venido para nosotros, cuando reconocemos que somos pecadores. Pero si somos como aquel fariseo ante el altar – «Te doy gracias, porque no soy como los demás hombres, y tampoco como ese que está a la puerta, como ese publicano» (cf. *Lc 18,11-12*) –, no conocemos el corazón del Señor, y nunca tendremos la alegría de sentir esta misericordia. No es fácil encomendarse a la misericordia de Dios, porque eso es un abismo incomprensible. Pero hay que hacerlo. «Ay, padre, si usted conociera mi vida, no me hablaría así». «¿Por qué, qué has hecho?». «¡Ay padre!, las he hecho gordas». «¡Mejor!». «Acude a Jesús. A él le gusta que se le cuenten estas cosas». El se olvida, él tiene una capacidad de olvidar, especial. Se olvida, te besa, te abraza y te dice solamente: «Tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (*Jn 8,11*). Sólo te da ese consejo. Después de un mes, estamos en las mismas condiciones...

Volvamos al Señor. El Señor nunca se cansa de perdonar, ¡jamás!

Somos nosotros los que nos cansamos de pedirle perdón. Y pidamos la gracia de no cansarnos de pedir perdón, porque él nunca se cansa de perdonar. Pidamos esta gracia.



Ángelus

(Plaza de san Pedro - domingo 17 de marzo de 2013)

Hermanos y hermanas, buenos días.

Tras el primer encuentro del miércoles pasado, hoy puedo dirigirles nuevamente mi saludo a todos. Y me alegra hacerlo en el domingo, en el día del señor. Para nosotros los cristianos, esto es hermoso e importante: reunirnos el domingo, saludarnos, hablar unos con otros, como ahora aquí, en la plaza. Una plaza que, gracias a los medios de comunicación, tiene las dimensiones del mundo.

En este quinto domingo de cuaresma, el evangelio nos presenta el episodio de la mujer adúltera (cf. *jn* 8,1-11), que Jesús salva de la condena a muerte. Conmueve la actitud de Jesús: no oímos palabras de desprecio, no escuchamos palabras de condena, sino solamente palabras de amor, de misericordia, que invitan a la conversión: «tampoco yo te condeno. Anda, y en adelante no peques más» (v. 11). Y, hermanos y hermanas, el rostro de dios es el de un padre misericordioso, que siempre tiene paciencia. ¿Habéis pensado en la paciencia de dios, la paciencia que tiene con cada uno de nosotros? Ésa es su misericordia. Siempre tiene paciencia, paciencia con nosotros, nos comprende, nos espera, no se cansa de perdonarnos si sabemos volver a él con el corazón contrito. «grande es la misericordia del señor», dice el salmo.



En estos días, he podido leer un libro de un cardenal —el cardenal Kasper, un gran teólogo, un buen teólogo—, sobre la misericordia. Y ese libro me ha hecho mucho bien. Pero no creáis que hago publicidad a los libros de mis cardenales. No es eso. Pero me ha hecho mucho bien, mucho bien. El cardenal Kasper decía que al escuchar misericordia, esta palabra cambia todo. Es lo mejor que podemos escuchar: cambia el mundo. Un poco de misericordia hace al mundo menos frío y más justo. Necesitamos comprender bien esta misericordia de dios, este padre misericordioso que tiene tanta paciencia... Recordemos al profeta Isaías, cuando afirma que, aunque nuestros pecados fueran rojo escarlata, el amor de dios los volverá blancos como la nieve. Es hermoso, esto de la misericordia.

Recuerdo que en 1992, apenas siendo obispo, llegó a buenos aires la Virgen de Fátima y se celebró una gran misa por los enfermos. Fui a confesar durante esa misa. Y, casi al final de la misa, me levanté, porque debía ir a confirmar. Se acercó entonces una señora anciana, humilde, muy humilde, de más de ochenta años. La miré y le dije: “abuela —porque así llamamos nosotros a las personas ancianas—: abuela ¿desea confesarse?” Sí, me dijo. “pero si usted no tiene pecados...” y ella me respondió: “todos tenemos pecados”. Pero, quizás el señor no la perdona... “el señor perdona todo”, me dijo segura. Pero, ¿cómo lo sabe usted, señora? “si el señor no perdonara todo, el mundo no existiría”. Tuve ganas de preguntarle: dígame, señora, ¿ha estudiado usted en la gregoriana? Porque ésa es la sabiduría que concede el espíritu santo: la sabiduría interior hacia la misericordia de dios.

No olvidemos esta palabra: dios nunca se cansa de perdonar. Nunca. “y, padre, ¿cuál es el problema?” El problema es que nosotros nos cansamos, no queremos, nos cansamos de pedir perdón. Él jamás se cansa de perdonar, pero nosotros, a veces, nos cansamos de pedir perdón. No nos cansemos nunca, no nos cansemos nunca. Él es padre amoroso que siempre perdona, que tiene ese corazón misericordioso con todos nosotros. Y aprendamos también nosotros a ser misericordiosos con todos. Invoquemos la intercesión de la virgen, que tuvo en sus brazos la misericordia de dios hecha hombre. Ahora todos juntos recemos el ángelus:

(oración del ángelus).

Saludo cordialmente a todos los peregrinos. Gracias por vuestra acogida y vuestras oraciones. Os pido que recéis por mí. Doy un abrazo nuevamente a los fieles de roma y lo hago extensivo a todos vosotros; y lo hago extensivo a todos los que habéis venido de diversas partes de Italia y del mundo, así como a los que se han unido a nosotros a través de los medios de comunicación. He escogido el nombre del patrón de Italia, san Francisco de Asís, y esto refuerza mi vínculo espiritual con esta tierra, donde, como sabéis, están los orígenes de mi familia. Pero Jesús nos ha llamado a formar parte de una nueva familia: su iglesia, en esta familia de dios, caminando juntos por los caminos del evangelio. Que el señor os bendiga, que la virgen os cuide. No olvidéis esto: el señor nunca se cansa de perdonar. Somos nosotros los que nos cansamos de pedir perdón. Feliz domingo y buen almuerzo.

Santa misa en el inicio del ministerio Petrino - **Homilía**

(Plaza de San Pedro - Martes 19 de marzo de 2013, Solemnidad de San José)

Queridos hermanos y hermanas

Doy gracias al Señor por poder celebrar esta Santa Misa de comienzo del ministerio petrino en la solemnidad de san José, esposo de la Virgen María y patrono de la Iglesia universal: es una coincidencia muy rica de significado, y es también el onomástico de mi venerado Predecesor: le estamos cercanos con la oración, llena de afecto y gratitud.



Saludo con afecto a los hermanos Cardenales y Obispos, a los presbíteros, diáconos, religiosos y religiosas y a todos los fieles laicos. Agradezco por su presencia a los representantes de las otras Iglesias y Comunidades eclesiales, así como a los representantes de la comunidad judía y otras comunidades religiosas. Dirijo un cordial saludo a los Jefes de Estado y de Gobierno, a las delegaciones oficiales de tantos países del mundo y al Cuerpo Diplomático.

Hemos escuchado en el Evangelio que «José hizo lo que el ángel del Señor le había mandado, y recibió a su mujer» (Mt 1,24). En estas palabras se encierra ya la misión que Dios confía a José, la de ser *custos*, custodio. Custodio ¿de quién? De María y Jesús; pero es una custodia que se alarga luego a la Iglesia, como ha señalado el beato Juan Pablo II: «Al igual que cuidó amorosamente a María y se dedicó con gozoso empeño a la educación de Jesucristo, también custodia y protege su cuerpo místico, la Iglesia, de la que la Virgen Santa es figura y modelo» (Exhort. Ap. *Redemptoris Custos*, I).

¿Cómo ejerce José esta custodia? Con discreción, con humildad, en silencio, pero con una presencia constante y una fidelidad total, aun cuando no comprende. Desde su matrimonio con María hasta el episodio de Jesús en el Templo de Jerusalén a los doce años, acompaña en todo momento con esmero y amor. Está junto a María, su esposa, tanto en los momentos serenos de la vida como en los difíciles, en el viaje a Belén para el censo y en las horas temblorosas y gozosas del parto; en el momento dramático de la huida a Egipto y en la afanosa búsqueda de su hijo en el Templo; y después en la vida cotidiana en la casa de Nazaret, en el taller donde enseñó el oficio a Jesús.

¿Cómo vive José su vocación como custodio de María, de Jesús, de la Iglesia? Con la atención constante a Dios, abierto a sus signos, disponible a su proyecto, y no tanto al propio; y eso es lo que Dios le pidió a David, como hemos escuchado en la primera Lectura: Dios no quiere una casa construida por el hombre, sino la fidelidad a su palabra, a su designio; y es Dios mismo quien construye la casa, pero de piedras vivas marcadas por su Espíritu. Y José es «custodio» porque sabe escuchar a Dios, se deja guiar por su voluntad, y precisamente por eso es más sensible aún a las personas que se le han confiado, sabe cómo leer con realismo los acontecimientos, está atento a lo que le rodea, y sabe tomar las decisiones más sensatas. En él, queridos amigos, vemos cómo se responde a la llamada de Dios, con disponibilidad, con prontitud; pero vemos también cuál es el centro de la vocación cristiana: Cristo. Guardemos a Cristo en nuestra vida, para guardar a los demás, para salvaguardar la creación.

Pero la vocación de custodiar no sólo nos atañe a nosotros, los cristianos, sino que tiene una dimensión que antecede y que es simplemente humana, corresponde a todos. Es custodiar toda la creación, la belleza de la creación, como se nos dice en el libro del Génesis y como nos muestra san Francisco de Asís: es tener respeto por todas las criaturas de Dios y por el entorno en el que vivimos. Es custodiar a la gente, el preocuparse por todos, por cada uno, con amor, especialmente por los

niños, los ancianos, quienes son más frágiles y que a menudo se quedan en la periferia de nuestro corazón. Es preocuparse uno del otro en la familia: los cónyuges se guardan recíprocamente y luego, como padres, cuidan de los hijos, y con el tiempo, también los hijos se convertirán en cuidadores de sus padres. Es vivir con sinceridad las amistades, que son un recíproco protegerse en la confianza, en el respeto y en el bien. En el fondo, todo está confiado a la custodia del hombre, y es una responsabilidad que nos afecta a todos. Sed custodios de los dones de Dios.

Y cuando el hombre falla en esta responsabilidad, cuando no nos preocupamos por la creación y por los hermanos, entonces gana terreno la destrucción y el corazón se queda árido. Por desgracia, en todas las épocas de la historia existen «Herodes» que traman planes de muerte, destruyen y desfiguran el rostro del hombre y de la mujer.

Quisiera pedir, por favor, a todos los que ocupan puestos de responsabilidad en el ámbito económico, político o social, a todos los hombres y mujeres de buena voluntad: seamos «custodios» de la creación, del designio de Dios inscrito en la naturaleza, guardianes del otro, del medio ambiente; no dejemos que los signos de destrucción y de muerte acompañen el camino de este mundo nuestro. Pero, para «custodiar», también tenemos que cuidar de nosotros mismos. Recordemos que el odio, la envidia, la soberbia ensucian la vida. Custodiar quiere decir entonces vigilar sobre nuestros sentimientos, nuestro corazón, porque ahí es de donde salen las intenciones buenas y malas: las que construyen y las que destruyen. No debemos tener miedo de la bondad, más aún, ni siquiera de la ternura.

Y aquí añado entonces una ulterior anotación: el preocuparse, el custodiar, requiere bondad, pide ser vivido con ternura. En los Evangelios, san José aparece como un hombre fuerte y valiente, trabajador, pero en su alma se percibe una gran ternura, que no es la virtud de los débiles, sino más bien todo lo contrario: denota fortaleza de ánimo y capacidad de atención, de compasión, de verdadera apertura al otro, de amor. No debemos tener miedo de la bondad, de la ternura.

Hoy, junto a la fiesta de San José, celebramos el inicio del ministerio del nuevo Obispo de Roma, Sucesor de Pedro, que comporta también un poder. Ciertamente, Jesucristo ha dado un poder a Pedro, pero ¿de qué poder se trata? A las tres preguntas de Jesús a Pedro sobre el amor, sigue la triple invitación: Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas. Nunca olvidemos que el verdadero poder es el servicio, y que también el Papa, para ejercer el poder, debe entrar cada vez más en ese servicio que tiene su culmen luminoso en la cruz; debe poner sus ojos en el servicio humilde, concreto, rico de fe, de san José y, como él, abrir los brazos para custodiar a todo el Pueblo de Dios y acoger con afecto y ternura a toda la humanidad, especialmente a los más pobres, los más débiles, los más pequeños; eso que Mateo describe en el juicio final sobre la caridad: al hambriento, al sediento, al forastero, al desnudo, al enfermo, al encarcelado (cf. Mt 25,31-46). Sólo el que sirve con amor sabe custodiar.

En la segunda Lectura, san Pablo habla de Abraham, que «apoyado en la esperanza, creyó, contra toda esperanza» (Rm 4,18). Apoyado en la esperanza, contra toda esperanza. También hoy, ante tantos cúmulos de cielo gris, hemos de ver la luz de la esperanza y dar nosotros mismos esperanza. Custodiar la creación, cada hombre y cada mujer, con una mirada de ternura y de amor; es abrir un resquicio de luz en medio de tantas nubes; es llevar el calor de la esperanza. Y, para el creyente, para nosotros los cristianos, como Abraham, como san José, la esperanza que llevamos tiene el horizonte de Dios, que se nos ha abierto en Cristo, está fundada sobre la roca que es Dios.

Custodiar a Jesús con María, custodiar toda la creación, custodiar a todos, especialmente a los más pobres, custodiarnos a nosotros mismos; he aquí un servicio que el Obispo de Roma está llamado a desempeñar, pero al que todos estamos llamados, para hacer brillar la estrella de la esperanza: protejamos con amor lo que Dios nos ha dado.

Imploro la intercesión de la Virgen María, de san José, de los Apóstoles san Pedro y san Pablo, de san Francisco, para que el Espíritu Santo acompañe mi ministerio, y a todos vosotros os digo: Rezad por mí. Amén.

Santa misa del domingo de Ramos - **Homilía**

(Plaza de San Pedro - Domingo 24 de marzo de 2013)

1. Jesús entra en Jerusalén. La muchedumbre de los discípulos lo acompañan festivamente, se extienden los mantos ante él, se habla de los prodigios que ha hecho, se eleva un grito de alabanza: «¡Bendito el que viene como rey, en nombre del Señor! Paz en el cielo y gloria en lo alto» (Lc 19,38).

Gentío, fiesta, alabanza, bendición, paz. Se respira un clima de alegría. Jesús ha despertado en el corazón tantas esperanzas, sobre todo entre la gente humilde, simple, pobre, olvidada, esa que no cuenta a los ojos del mundo. Él ha sabido comprender las miserias humanas, ha mostrado el rostro de misericordia de Dios y se ha inclinado para curar el cuerpo y el alma.



Este es Jesús. Este es su corazón atento a todos nosotros, que ve nuestras debilidades, nuestros pecados. El amor de Jesús es grande. Y, así, entra en Jerusalén con este amor, y nos mira a todos nosotros. Es una bella escena, llena de luz – la luz del amor de Jesús, de su corazón –, de alegría, de fiesta.

Al comienzo de la Misa, también nosotros la hemos repetido. Hemos agitado nuestras palmas. También nosotros hemos acogido al Señor; también nosotros hemos expresado la alegría de acompañarlo, de saber que nos es cercano, presente en nosotros y en medio de nosotros como un amigo, como un hermano, también como rey, es decir, como faro luminoso de nuestra vida. Jesús es Dios, pero se ha abajado a caminar con nosotros. Es nuestro amigo, nuestro hermano. El que nos ilumina en nuestro camino. Y así lo hemos acogido hoy. Y esta es la primera palabra que quisiera decirnos: *alegría*. No seáis nunca hombres y mujeres tristes: un cristiano jamás puede serlo. Nunca os dejéis vencer por el desánimo. Nuestra alegría no es algo que nace de tener tantas cosas, sino de haber encontrado a una persona, Jesús; que está entre nosotros; nace del saber que, con él, nunca estamos solos, incluso en los momentos difíciles, aun cuando el camino de la vida tropieza con problemas y obstáculos que parecen insuperables, y ¡hay tantos! Y en este momento viene el enemigo, viene el diablo, tantas veces disfrazado de ángel, e insidiosamente nos dice su palabra. No le escuchéis. Sigamos a Jesús. Nosotros acompañamos, seguimos a Jesús, pero sobre todo sabemos que él nos acompaña y nos carga sobre sus hombros: en esto reside nuestra alegría, la esperanza que hemos de llevar en este mundo nuestro. Y, por favor, no os dejéis robar la esperanza, no dejéis robar la esperanza. Esa que nos da Jesús.

2. Segunda palabra: ¿Por qué Jesús entra en Jerusalén? O, tal vez mejor, ¿cómo entra Jesús en Jerusalén? La multitud lo aclama como rey. Y él no se opone, no la hace callar (cf. Lc 19,39-40). Pero,

¿qué tipo de rey es Jesús? Mirémoslo: montado en un pollino, no tiene una corte que lo sigue, no está rodeado por un ejército, símbolo de fuerza. Quien lo acoge es gente humilde, sencilla, que tiene el sentido de ver en Jesús algo más; tiene ese sentido de la fe, que dice: Éste es el Salvador. Jesús no entra en la Ciudad Santa para recibir los honores reservados a los reyes de la tierra, a quien tiene poder, a quien domina; entra para ser azotado, insultado y ultrajado, como anuncia Isaías en la Primera Lectura (cf. *Is 50,6*); entra para recibir una corona de espinas, una caña, un manto de púrpura: su realeza será objeto de burla; entra para subir al Calvario cargando un madero. Y, entonces, he aquí la segunda palabra: *cruz*. Jesús entra en Jerusalén para morir en la cruz. Y es precisamente aquí donde resplandece su ser rey según Dios: su trono regio es el madero de la cruz. Pienso en lo que decía Benedicto XVI a los Cardenales: Vosotros sois príncipes, pero de un rey crucificado. Ese es trono de Jesús. Jesús toma sobre sí... ¿Por qué la cruz? Porque Jesús toma sobre sí el mal, la suciedad, el pecado del mundo, también el nuestro, el de todos nosotros, y lo lava, lo lava con su sangre, con la misericordia, con el amor de Dios. Miremos a nuestro alrededor: ¡cuántas heridas inflige el mal a la humanidad! Guerras, violencias, conflictos económicos que se abaten sobre los más débiles, la sed de dinero, que nadie puede llevárselo consigo, lo debe dejar. Mi abuela nos decía a los niños: El sudario no tiene bolsillos. Amor al dinero, al poder, la corrupción, las divisiones, los crímenes contra la vida humana y contra la creación. Y también – cada uno lo sabe y lo conoce – nuestros pecados personales: las faltas de amor y de respeto a Dios, al prójimo y a toda la creación. Y Jesús en la cruz siente todo el peso del mal, y con la fuerza del amor de Dios lo vence, lo derrota en su resurrección. Este es el bien que Jesús nos hace a todos en el trono de la cruz. La cruz de Cristo, abrazada con amor, nunca conduce a la tristeza, sino a la alegría, a la alegría de ser salvados y de hacer un poquito eso que ha hecho él aquel día de su muerte.

3. Hoy están en esta plaza tantos jóvenes: desde hace 28 años, el Domingo de Ramos es la Jornada de la Juventud. Y esta es la tercera palabra: *jóvenes*. Queridos jóvenes, os he visto en la procesión cuando entrabais; os imagino haciendo fiesta en torno a Jesús, agitando ramos de olivo; os imagino mientras aclamáis su nombre y expresáis la alegría de estar con él. Vosotros tenéis una parte importante en la celebración de la fe. Nos traéis la alegría de la fe y nos decís que tenemos que vivir la fe con un corazón joven, siempre: un corazón joven incluso a los setenta, ochenta años. Corazón joven. Con Cristo el corazón nunca envejece. Pero todos sabemos, y vosotros lo sabéis bien, que el Rey a quien seguimos y nos acompaña es un Rey muy especial: es un Rey que ama hasta la cruz y que nos enseña a servir, a amar. Y vosotros no os avergonzáis de su cruz. Más aún, la abrazáis porque habéis comprendido que la verdadera alegría está en el don de sí mismo, en el don de sí, en salir de uno mismo, y en que él ha triunfado sobre el mal con el amor de Dios. Lleváis la cruz peregrina a través de todos los continentes, por las vías del mundo. La lleváis respondiendo a la invitación de Jesús: «Id y haced discípulos de todos los pueblos» (*Mt 28,19*), que es el tema de la Jornada Mundial de la Juventud de este año. La lleváis para decir a todos que, en la cruz, Jesús ha derribado el muro de la enemistad, que separa a los hombres y a los pueblos, y ha traído la reconciliación y la paz. Queridos amigos, también yo me pongo en camino con vosotros, desde hoy, sobre las huellas del beato Juan Pablo II y Benedicto XVI. Ahora estamos ya cerca de la próxima etapa de esta gran peregrinación de la cruz de Cristo. Aguardo con alegría el próximo mes de julio, en Río de Janeiro. Os doy cita en aquella gran ciudad de Brasil. Preparaos bien, sobre todo espiritualmente en vuestras comunidades, para que este encuentro sea un signo de fe para el mundo entero. Los jóvenes deben decir al mundo: Es bueno seguir a Jesús; es bueno ir con Jesús; es bueno el mensaje de Jesús; es bueno salir de uno mismo, a las periferias del mundo y de la existencia, para llevar a Jesús. Tres palabras: alegría, cruz, jóvenes.

Pidamos la intercesión de la Virgen María. Ella nos enseña el gozo del encuentro con Cristo, el amor con el que debemos mirarlo al pie de la cruz, el entusiasmo del corazón joven con el que hemos de seguirlo en esta Semana Santa y durante toda nuestra vida. Que así sea.



Bicentenario de Don Bosco -pedagogía-

El Papa Francisco, nos invita a conocer, amar e imitar a Don Bosco

Son múltiples las resonancias que los gestos y la personalidad del Papa Francisco van provocando y haciendo surgir en los distintos países y continentes, entre creyentes y no creyentes.

Para nosotros salesianos su ministerio Petrino nos trae un verdadero regalo de Dios. La historia familiar y personal del Papa esta transida de una fuerte salesianidad, y es el mismo quien a pedido del P. Cayetano Bruno,⁹ describió en dos cartas, fechadas en la Ciudad de Córdoba el 20 de octubre de 1990 su experiencia salesiana. En la primera hace memoria del P. Enrique Pozzoli, el sacerdote que lo bautizó y quien fuera su confesor de niño y de joven: *“Hoy hace 29 años de la muerte del P. Enrique Pozzoli (si, la memoria no me engaña). Acabo de celebrar la Santa Misa por él, que me bautizó el 25 de diciembre de 1936 en San Carlos. Cuando voy a visitar a la Madre Auxiliadora suelo pasar también por el Baptisterio a dar gracias por el don del Bautismo. Recordándolo, al P. Pozzoli desde la mañana de hoy sentí en el Señor que hoy tenía que poner manos a la obra y cumplir con la tan procrastinada promesa hecha a Usted, de que escribiría algunos de mis “recuerdos salesianos”, para el Archivo.”*¹⁰

Es llamativo cómo, para hablar de la salesianidad, el P. Bergoglio se remonta a la historia de su familia, a la experiencia de la migración y la lucha honesta de sus padres por dar solidez y sustento al núcleo

⁹ P. Cayetano Bruno (1912-2002) Autor de la “Historia de la Iglesia en la Argentina” (12 tomos) y de la “Historia de los salesianos y las Hijas de María Auxiliadora en la Argentina”, Miembro de número de la Academia Nacional de Historia.

¹⁰ P. Jorge Mario Bergoglio ACS Buenos Aires– Carta 1.-

familiar: “El P. Pozzoli estaba muy ligado a la familia Sívori, la familia de mamá, que vivía en Quintino Bocayuva 556. Los hermanos de mamá, sobre todo el mayor, Vicente, le era muy familiar (él también tenía el hobby de la fotografía). Los hermanos de mamá también actuaban en los Círculos Católicos de Obreros (creo que en la calle Belgrano). Papá llegó de Italia el 25 de enero de 1929. Era piemontés (nacido en Asti) y había vivido en Turín la mayor parte del tiempo (en via Garibaldi y Corso Valdocco). La cercanía con la Iglesia Salesiana hizo que frecuentara a los Padres de allá, de tal modo que cuando vino –ya era Raggionere [contador]-, ya era de la “familia salesiana”.¹¹

La providencia, que Don Bosco nos enseñó a amar e invocar se hace presente en este relato, permitiéndonos descubrir como nuestras vidas están llenas de signos de la paternidad de Dios: “Llegaron en el Giulio Césare, pero debían haber viajado en una travesía anterior: con el Principessa Mafalda, que se fue a pique. Usted no se imagina cuántas veces agradecí a la divina Providencia! Papá trabajaba en la Banca de Italia en Turín y Asti. La abuela, Doña Rosa Margarita Vasallo de Bergoglio (la mujer que tuvo mayor influjo en mi vida) trabajaba en la naciente Acción Católica: daba conferencias por todas partes (hasta hace poco yo tenía una, publicada en un folletito, que había dado en S. Severo de Asti sobre el tema: “San José en la vida de la soltera, la viuda y la casada”). Parece que mi abuela decía cosas que no caían bien a la política de entonces... Una vez le clausuraron el salón donde debía hablar, y entonces lo hizo en la calle, subida arriba de una mesa. Conocía al Beato Giorgio Frassati, y trabajaba conjuntamente con la Prof. Prospera Gianasso (que tuvo bastante influjo en la A.C. Italiana)”¹²

Así, para hablar de los salesianos y de su experiencia en las casas salesianas, el P. Bergoglio va desgranando la historia de su propia familia y expresando sencillamente el cariño que los salesianos fueron sembrando en su corazón: “No es raro que hable con cariño de los Salesianos, pues mi familia se alimentó espiritualmente de los Salesianos de San Carlos. De chico aprendí a ir a la procesión de María Auxiliadora, y también a la de San Antonio de la Calle México. Cuando estaba en casa de mi abuela iba al Oratorio de San Francisco de Sales (mi encargado allí era el actual P. Alberto Della Torre, capellán de aviación). Por supuesto que soy hincha de San Lorenzo (faltaba más) y hasta hace poco conservé una “Historia del Club San Lorenzo” escrita por el P. Mazza (según creo): se la mandé de regalo a Don Hugo Chantada, periodista católico de La Prensa, hincha furibundo de San Lorenzo. Él la tiene. Desde chico conocí a los famosos Padres confesores de San Carlos: Montaldo, Punto, Carlos Scandroglia, Pozzoli. Y desde chico tenía en las manos la “Instrucción Religiosa” del P. Moret. Nos habían enseñado a pedir la bendición de María Auxiliadora cada vez que nos despedíamos de un salesiano”.¹³

La devoción a María Auxiliadora se fue arraigando en su corazón desde la más tierna infancia y por ello años más tarde contará como discernió su vocación sacerdotal a los pies de la imagen de María Auxiliadora, que había sido bendecida por el mismo Don Bosco y que se venera en su Basílica del barrio de Almagro en la Ciudad de Buenos Aires. Sin embargo su experiencia salesiana más fuerte, según sus propias palabras, será como alumno del Colegio Don Bosco, de Ramos Mejía, provincia de Buenos Aires: “... mi experiencia más fuerte con los Salesianos fue en el año 1949, cuando cursé como interno el sexto grado en el colegio Wilfrid Barón de los Santos Ángeles, en Ramos Mejía. Era Director el P. Emilio Cantarutti; Consejero el P. Isidro Fueyo. En la Administración trabajaba el Coadjutor Sr. Fernández. De los clérigos me acuerdo del Sr. (Leonardo o Leandro) Cangiani y Raúl Veiga. Entre los Padres mayores estaban los PP. Usher, Lambruschini, Cingolani, etc.. Me cuesta hacer una descripción parcial de diversos aspectos del Colegio, simplemente porque muchas veces he reflexionado sobre ese año de vida y, poco a poco, se fue configurando la reflexión de conjunto, que es la que quisiera compartir aquí. Soy consciente de que será algo intelectualizado quizás, sin la frescura de la anécdota simple, pero –por otra parte- también sé que esta visión de conjunto es la que fui elaborando yo, y nace de mi experiencia: es objetiva a mi juicio”.¹⁴

A continuación transcribimos la experiencia que el joven Jorge Bergoglio realizó en la casa salesiana de Ramos Mejía y que, reflexionada con el paso de los años, nos trasmite un verdadero pequeño

¹¹ ibidem

¹² ibidem

¹³ Jorge Mario Bergoglio, carta 2

¹⁴ Ibídem, carta 2

compendio de pedagogía salesiana. Tan profunda es la descripción de valores y actitudes que el colegio le transmite que hace resonar en nuestros oídos lo dicho acerca de la escuela salesiana por el P. Fernando Peraza.¹⁵ Tan valioso es el relato del entonces P. Bergoglio, que compartimos a continuación: *“La vida de Colegio era un “todo”. Uno se sumergía en una trama de vida, preparada como para que no hubiera tiempo ocioso. El día pasaba como una flecha sin que uno tuviera tiempo de aburrirse. Yo me sentía sumergido en un mundo, el cual si bien era preparado “artificialmente” (con recursos pedagógicos) no tenía nada de artificial. Lo más natural era ir a Misa a la mañana, como tomar desayuno, estudiar, ir a clases, jugar en los recreos, escuchar las “Buenas Noches” del P. Director. A uno le hacían vivir diversos aspectos ensamblados de la vida, y eso fue creando en mi una conciencia¹⁶: conciencia no sólo moral sino también una especie de conciencia humana (social, lúdica, artística, etc.). Dicho de otra manera: el Colegio creaba, a través del despertar de la conciencia en la verdad de las cosas, una cultura católica que nada tenía de “beata” o “despistada”. El estudio, los valores sociales de convivencia, las referencias sociales a los más necesitados (recuerdo haber aprendido allí a privarme de cosas para darla a la gente más pobre que yo), el deporte, la competencia, la piedad... todo era real y todo formaba hábitos que, en su conjunto, plasmaban un modo de ser cultural. Se vivía en este mundo pero abierto a la transcendencia del otro mundo. A mí me resultó más fácil luego en la secundaria, hacer la “transferencia” (en sentido pedagógico) a otras realidades. Y esto simplemente porque las realidades vividas en el Colegio las había vivido bien: sin distorsiones, con realismo, con sentido de responsabilidad y horizonte de transcendencia. Esta cultura católica es –a mi juicio– lo mejor que he recibido en Ramos Mejía.”*¹⁷

El tiempo libre, el deporte, el teatro y la creatividad formaron parte de su experiencia escolar, como el mismo nos narra: *“Existían también lugares para los hobbies, trabajos de artesanía, inquietudes personales. P.ej. el P. Lambruschini nos enseñaba a cantar, con el P. Avilés aprendí a hacer un gelatógrafo y a usarlo; había un Padre ucraniano (P. Esteban) y los que queríamos aprendíamos a ayudarlo la misa en rito ucraniano... y así tantos recursos (teatro, armar campeonatos, actos académicos, taxidermia, etc.) que canalizaban hobbies e inquietudes. Se nos educaba en la creatividad.”*¹⁸

En la educación salesiana la tradición de los buenos días, buenas tardes o buenas noches, ha sido siempre una constante que, surgida de la intuición y la práctica pedagógica de Don Bosco, ha perdurado como un importante momento de la jornada escolar, espacio para la transmisión de valores y de una mirada creyente sobre la realidad. Este es el testimonio que al respecto nos regala el P. Bergoglio en una de sus cartas: *“Todas las cosas se hacían con un sentido. No había “sin sentidos” (al menos en el orden fundamental; porque accidentalmente había impaciencias de algún educador o pequeñas injusticias cotidianas, etc.). Yo aprendí allí, inconscientemente casi, a buscar el sentido a las cosas. Uno de los momentos claves de esto, de aprender a buscar el sentido a las cosas, eran las “Buenas Noches” que habitualmente daba el P. Director. A veces lo hacía el P. Inspector, cuando pasaba por el colegio. Al respecto recuerdo una, como si fuera hoy, que dio Mons. Miguel Raspanti, Inspector en ese entonces. Sería a principios de octubre del 49. Había viajado a Córdoba porque su mamá había muerto, el 29 de septiembre. A su regreso nos habló de la muerte. Ahora, a los casi 54 años, reconozco que esa platiquita nocturna es el punto de referencia de toda mi vida posterior respecto al problema de la muerte. Esa noche, sin sustos, sentí que algún día yo iba a morir y eso me pareció lo más natural. Cuando, uno o dos años después, me enteré de cómo había muerto el P. Isidoro Holowaty, cómo había aguantado por mortificación tantos días el dolor de vientre (él era enfermero) hasta que un miércoles, cuando el P. Pozzoli fue a confesar a los salesianos de allí, le ordenó que viera al médico, bueno al enterarme de esto me pareció lo más natural, que un salesiano muriera así, ejercitando virtudes. Otra “Buenas Noches” que hizo mella fue una que dio el P. Cantarutti sobre la necesidad de pedir a la Santísima Virgen para acertar en la propia vocación. Recuerdo que esa noche fui rezando intensamente hasta el dormitorio (se debió notar algo porque dos días*

¹⁵ Fernando Peraza Leal, Don Bosco y la Escuela, CSRFP páginas 108 a 122

¹⁶ Los subrayados son del mismo P. Jorge Mario Bergoglio

¹⁷ Ibidem carta 2

¹⁸ Ibidem carta 2

después el P. Avilés me hizo un comentario de paso)... y, después de esa noche, nunca me dormí si no rezando. Era un momento psicológicamente apto para dar sentido al día, y a las cosas.”¹⁹

Sin dudas, es emocionante y comprometedor este verdadero regalo de salesianidad, que el buen Dios nos entrega como Familia Salesiana, a la cual pertenece como exalumno, el Papa Francisco. Sin ningún triunfalismo y con mucho para hacer examen de conciencia, estamos llamados a asumir un fuerte compromiso con la herencia pedagógico-pastoral que nos legó nuestro padre Don Bosco.

¹⁹ Ibidem carta 2



Año de la fe

Pastoral juvenil y Gaudium et Spes

Antonio Ávila²⁰

I. Primer acercamiento: El documento

Gaudium et Spes, junto con Lumen Gentium, constituyen los dos grandes documentos, que como dos pilares sostienen y vertebran toda la reflexión conciliar. Lumen Gentium responde a la pregunta ¿Iglesia qué dices de ti misma? y Gaudium et Spes, lo hace a la pregunta ¿Iglesia, qué puedes decir al mundo?

A. Su estructura y contenido

La Constitución consta de:

- Un **Proemio** (GS. 1-3) en el que se señala a quién se dirige, y cuáles son sus intenciones.
“Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son a la vez gozos y esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón.”
(GS. 1)
- Una **Exposición preliminar** (GS. 4-10), en la que se describe la situación del hombre en el mundo de hoy. Sus esperanzas y temores ante los cambios profundos de todo tipo a los que

²⁰ Profesor del Instituto Superior de Pastoral de Madrid.

se ve enfrentado (la cultura, el progreso científico, los cambios sociales, las diferencias sociales, las aspiraciones de la humanidad...).

- **Una primera parte**, más doctrinal, dedicada a **la Iglesia y la vocación del hombre** (GS. 11-48), que consta de cuatro capítulos dedicados respectivamente a la dignidad de la persona, la comunidad humana, la actividad humana en el mundo y la misión de la Iglesia en el mundo contemporáneo. Es en este capítulo IV, donde se recapitula la sustancia de los capítulos anteriores, se pone en relación la Iglesia y el mundo, y se presenta su misión como una Iglesia al servicio de la sociedad humana.
- **Una segunda parte** dedicada a algunos problemas más urgentes (GS. 46-90), que consta de cinco capítulos, dedicados respectivamente a la dignidad del matrimonio y la familia, el sano fomento del progreso cultural, la vida económica, la vida en la comunidad política y la promoción de la paz y el fomento de la comunidad de los pueblos.
- Y una **Conclusión** (GS. 91-93)

Podría afirmarse, sin riesgo de error, que el capítulo IV de la primera parte de la Constitución es el nudo estratégico de todo el conjunto. También fue aquel cuya puesta a punto costó mayor trabajo.

B. Su redacción

Su gestación no fue fácil. Discurre a lo largo de toda la realización del Concilio. Tiene su origen en la primera sesión conciliar tras una importante intervención del cardenal Suenens, que propuso que se revisaran y redujeran los esquemas, y se creara un Secretariado para el estudio de los problemas del mundo contemporáneo.

Por otra parte, un grupo de Padres conciliares y de expertos de diferentes naciones comenzaron a reunirse regularmente con el fin de discutir los problemas ligados con el tema de la Iglesia de los pobres como son: el ejercicio de la justicia personal y social, el desarrollo de los pueblos en camino de; la paz y la unidad de la familia humana; la evangelización de los pobres y de los alejados; y la exigencia de una renovación evangélica de la Iglesia mediante la práctica de la pobreza.

Así es como, tras la fusión de varios Esquemas, el nuestro que ocupaba el lugar 17 pasó a ocupar el 13, el famoso “Esquema XIII”, denominación que se mantendrá durante todo el proceso de su redacción, a falta de un título más preciso.

El desarrollo de los trabajos no fue fácil. A finales de noviembre de 1963, hubo dos grandes reuniones con el fin de orientar este Esquema, sin poder llegar a un resultado satisfactorio. Y en una tumultuosa discusión se evidenció que el carácter excepcional del documento todavía desorientaba a la Comisión. Mientras que una minoría manifestaba un descarado desinterés por el documento, porque asuntos tan “a ras de tierra” no eran dignos de ser tratados por un Concilio. El resto de los miembros se hallaban divididos con respecto al método a seguir. Unos defendían un desarrollo exclusivamente doctrinal, mientras que otros se referían a las dos grandes encíclicas sociales de Juan XXIII, y afirmaban que sólo si se partía de los problemas del mundo se podía pretender interesar al mundo y entrar en diálogo con él.

Esta discusión, de momento confusa y penosa, fue extremadamente fructuosa para el desarrollo del documento, porque por primera vez apareció claramente a los ojos de todos su carácter único. Para un documento nuevo había que inventar un método nuevo.

Este nuevo método una de las grandes novedades del documento que le permite, a pesar del paso del tiempo, mantener su frescura, y que debemos conocer y comprender, si queremos interpretar correctamente la Constitución y continuar el diálogo con el mundo que con ella se inaugura.

En la tormentosa reunión antes señalada se había suscitado el problema: ¿Se debía partir de una descripción concreta del mundo o proponer los principios de fe de los que se derivaría la actitud de la Iglesia ante los problemas temporales? Esta cuestión no era fácil de resolver en aquel contexto. Poco a

poco el transcurso del Concilio lo fue aclarando y se fue poniendo de relieve que si la Iglesia quería dialogar con la sociedad actual debía tener un conocimiento de los problemas actuales en su propia dimensión. Pero, además, en un mundo en rápida mutación, era necesario un firme afincamiento de la obra de Dios en la creación: no sólo referido al principio de los tiempos, sino en el aquí y ahora. Esto es lo que recoge la exposición introductoria (especialmente el número 4), y se concreta al comienzo de cada uno de los capítulos de la segunda parte.

C. Su novedad y excepcionalidad

Pero si su método es novedoso no es lo único que hace de la *Gaudium et Spes* un Documento novedoso y excepcional:

- Lo es por **su temática**. Nunca un Concilio se había expresado sobre aspectos directamente temporales.
- Por **su amplitud**. Es el documento más largo de toda la historia conciliar de la Iglesia. Sobrepasa por sí solo al conjunto de los textos redactados por cualquier otro concilio anterior al Vaticano II, con excepción del de Trento.
- Por **el número de redacciones que sufre**. Cinco diferentes, amén de las numerosas correcciones y sugerencias que se dan en el proceso de su elaboración.
- Por **su largo devenir**. La redacción comienza con el encargo de los Padres conciliares en la primera sesión del Concilio, y concluye tres años más tarde con su aprobación definitiva en la última sesión conciliar el 7 de diciembre de 1965.
- Por **su estilo**. Sus primeros esbozos se redactaron en francés, la lengua viva más usada por los Padres conciliares y, posteriormente, cuando se redactó el texto latino oficial, se hizo siguiendo el sabio consejo del cardenal Bea: “Buscad, ante todo, la claridad y la inteligibilidad, más que el cuidado por el latín clásico”.
- Y, finalmente, por **sus destinatarios**: La humanidad entera y no sólo los católicos. Esto no había ocurrido, anteriormente en ningún documento conciliar de la historia, ni en ningún otro documento importante, si exceptuamos la encíclica *Pacem in Terris* de Juan XXIII.

Pero, el hecho de su novedad y excepcionalidad no hace de la *Gaudium et Spes* una “rara ave”, un fenómeno aislado en la empresa del Concilio, sino todo lo contrario, brota del corazón del Concilio, como señalaba Monseñor Garrone, en el momento de la votación final:

“Se trata del documento conciliar que cumple de manera más directa lo que el Papa Juan esperaba del Concilio; se podría incluso decir que es el único Esquema querido expresamente por Juan XXIII”.

II. Segundo acercamiento:

La *Gaudium et Spes* y los jóvenes

¿Todo esto qué tiene que ver con el mundo de los jóvenes y con la pastoral con jóvenes? Intentaré ahora una segunda mirada con el fin de responder a esta pregunta.

D. Los jóvenes en la *Gaudium et Spes*

Una mirada directa al texto de la Constitución con el fin de buscar referenciadas explícitas a los jóvenes puede descorazonarnos. En ella únicamente existen once referencias: ocho a los “jóvenes” y tres a la “juventud”. Prácticamente todas ellas de pasada.

En la primera parte se hace referencia cómo los cambios sociales afectan especialmente a los más jóvenes (GS. 7), puesto que son una población vulnerable (trata de jóvenes GS. 27); de ahí la importancia de su educación para que sean ciudadanos responsables (GS. 31). Como consecuencia, en la segunda parte se hace referencia a esa responsabilidad: en la vida personal y en las relaciones de pareja (GS. 49) y a la hora de formar nuevas familias (GS. 52); en los necesarios cambios sociales económicos (GS. 66); en la vida pública (GS. 75); en las tareas para evitar la guerra (GS. 82); y en el voluntariado (GS. 88). Por eso la preocupación de la Iglesia por su formación tanto civil como religiosa (GS.89).

La verdad es que la comparación entre la amplitud y la importancia del Documento, presentada en el primer acercamiento, y las escasas referencias explícitas a los jóvenes puede sorprendernos y hasta resultar un poco descorazonadora. ¿Es que los jóvenes estaban ausentes en los intereses y las preocupaciones de los padres conciliares?

E. Los jóvenes en el Concilio

Esta cuestión nos lleva a abordar la relación de la *Gaudium et Spes* y los jóvenes desde otro ángulo. Para ello simplemente haré referencia a dos textos. El primero es la última intervención de Juan XXIII con motivo de la clausura de la primera sesión en la que al referirse a los fines del Concilio, y en la que señala que uno de ellos es que la Iglesia “reflorezca con un nuevo y juvenil vigor”.

El papa Juan soñaba con una Iglesia “aggiornata”, rejuvenecida, capaz de estar presente en un mundo en cambio de una forma nueva y distinta. Por eso no es aventurado decir, siguiendo la declaración de monseñor Garrone, que la *Gaudium et Spes* es el documento querido por el papa Juan para llevar a cabo su proyecto.

Esto es lo que dicen explícitamente los padres conciliares al concluir el Concilio en el mensaje a la humanidad, cuando al dirigirse a los jóvenes les decían:

“Es para vosotros los jóvenes, sobre todo para vosotros, por lo que la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir.”

III. Tercer acercamiento:

Aportaciones para una pastoral con jóvenes en el presente y para el futuro

Así las cosas parece necesario acercarnos ahora a la *Gaudium et Spes* con ánimo de preguntarnos: ¿Qué nos aporta para una pastoral con jóvenes? ¿Cuál es esa luz que los padres conciliares consideraban que debía alumbrar el porvenir, que es ya nuestro presente?

Creo que una mirada sobre el documento nos permite descubrir algunos principios que deben iluminar toda acción pastoral, pero especialmente la pastoral con jóvenes.

F. Una forma de mirar al mundo

En primer lugar la *Gaudium et Spes* nos enseña una forma de mirar el mundo y juzgarlo.

El hecho es que los redactores del documento sintieron la necesidad de precisar con más exactitud el sentido del término “mundo”. Y es que este término se caracteriza por su carácter enigmático, complejo y polivalente. En la Escritura sirve para designar a: la creación, el mal, el hombre, la comunidad humana, la materia y el tiempo. Los valores que en él se encuentran, se pierden y reaparecen; en él se entrecruzan la materia, y la acción del hombre y su libertad. Pero el misterio del mundo se acrecienta y multiplica si, además del hombre y de las fuerzas cósmicas, descubrimos en él la presencia de otros agentes: los poderes del mal y de lo Alto.

Veníamos de una lectura del “mundo”, apoyada en algunos textos de la Escritura y de nuestra tradición espiritual, que han marcado nuestra piedad barroca, en la que éste es concebido como uno de los enemigos del alma.

Nos encontramos, por tanto, con nociones del mundo opuestas, reflejo de su ambigüedad y misterio. Lo que nos dice la Escritura es lo que experimentamos nosotros mismos todos los días. Amamos al mundo, amamos la creación, le aportamos nuestra existencia, nuestra inteligencia, nuestro amor, pero al mismo tiempo sentimos la miseria universal, el desorden, el mal, el sufrimiento, el error, la ignorancia.

Por eso los padres conciliares pidieron que se empleara el término "mundo" en el Documento en un sentido único y lo más preciso posible. Así, la *Gaudium et Spes* designa con él a los contemporáneos, considerados en sí mismos y en el conjunto que forman entre sí y con el universo material, pero proyectándose al mismo tiempo la luz de la Revelación sobre su realidad, de acuerdo con los diferentes sentidos que adquiere el término en los textos bíblicos.

G. Una forma de situarnos en el mundo

En segundo lugar nos enseña una forma de situarnos en este mundo y de actuar en él.

Los padres conciliares superaron una mirada hacia el mundo de rechazo y condenación, pero este importante paso fue acompañado por otro segundo, referido en este caso a la relación de la Iglesia con el mundo.

Era necesario preguntarse por la relación que debe darse entre la Iglesia y el mundo. Algunos autores al referirse a este tema lo han hecho señalando que todo el problema se reducía a una preposición. Era necesario superar la conjunción “y”, que había dominado la relación de la Iglesia con el mundo durante todo el siglo XIX y la primera mitad del siglo XX. No podemos olvidar una declaración de *Syllabus* que afirmaba que el Papa no podía reconciliarse con la civilización reciente (Dz 1780).

Era necesario superar la visión negativa del mundo y las distancias marcadas entre ambos, recogidas en los documentos de la Iglesia previos al Concilio, y sustituirla por una nueva visión señalada por la preposición “en”. Una preposición fundamental para la historia actual de la Iglesia, que cambió su relación con el mundo, y marcó la orientación definitiva del Esquema XIII. Con esta preposición, que aparece en su título “la Iglesia en el Mundo, la *Gaudium et Spes* parte de una mirada sobre el mundo, y no de unas verdades reveladas, se planteaba otear el horizonte del mundo contemporáneo, como había hecho el profeta Isaías en su época. Igual que él, intentaba otear los signos de los tiempos y reconocer en ellos las primicias de la Salvación.

H. Asumiendo las mutaciones y la pluralidad social y oteando los signos de la presencia de Dios

Todo lo dicho hasta ahora supone una metodología de formación de los jóvenes y de iniciación a la asunción de sus responsabilidades, que ya había sido asumida por los movimientos apostólicos, especialmente por la JOC, con la asunción del método de revisión de vida, pero creo que la *Gaudium et Spes* se atreve a dar un paso más, que no siempre hemos asumido en nuestra pastoral juvenil.

La Constitución pastoral *Gaudium et Spes*, vista hoy, a la distancia del tiempo, nos permite reconocer en ella su grandeza y su valor, que algunos han considerado precisamente su debilidad. El mismo texto lo señala: Es el atreverse a comprender y conocer un “mundo de hoy” para algunos de ayer, y para otros ya no conocido, que está sometido a cambios muy profundos y muy rápidos.

¿No estará el documento superado por los acontecimientos? Si reducimos el documento a un mero análisis sociológico de la realidad debemos contestar que sí; pero si el documento es una Constitución pastoral, que nos enseña a los católicos una forma de mirar al mundo y a la humanidad, una forma de descubrir en él los signos de lo que Dios quiere manifestarnos y de lo que pide de nosotros, me

atrevería a decir que la Constitución *Gaudium et Spes* está casi por estrenar, mantiene todo su vigor, su actualidad, y su propuesta. Porque en ella hay mucho más que un método de análisis o de acción, hay una forma de espiritualidad, y de ejercicio de la vida cristiana, vivida en confianza de que este mundo es lugar de la revelación de Dios y en esperanza de que es la primicia del que está por llegar. En compromiso por el cambio y la transformación según la voluntad de Dios, y seguros de que es Él el que dirige los destinos del mundo.

Pero al terminar este artículo me recorre por mi interior una pregunta que me gustaría desechar como un mal pensamiento o una tentación. ¿Qué queda del Concilio 50 años después? Me pregunto si no es precisamente la actitud de estar en medio del mundo, en el corazón de las masas como un hermanito/como una hermanita universal, y de otear los signos de los tiempos, la que hemos perdido, volviendo a recluirnos en los espacios cálidos de nuestras iglesias y de nuestras sacristías, de nuestras comunidades y de nuestros movimientos, con harto peligro de no mirar a la sociedad actual con una pasión que nos lleve a decir que sus gozos y sus esperanzas son los nuestros, y que sus tristezas y angustias son las nuestras, porque nos sentimos en íntima comunión con la humanidad entera de la que formamos parte; dejándonos llevar por una mirada desesperanza y un juicio condenatorio más propio de los grupos asectariados que de los que viven el gozo del Evangelio.